

ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE QUITO.

NUMERO I.

MARZO DE 1883.

PROSPECTO.

La Universidad de Quito, que de muy antiguo ha gozado de justa fama, se presenta hoy al mundo llena de vida y lozanía juvenil, cual si no hubiese estado más de dos años rodeada de sombras de muerte. Una de las elocuentes pruebas de la poderosa fuerza y abundante savia vital con que se levanta de su tumba, es la fundación de la Revista cuya publicación empieza con este número.

Hacía falta en el estadio de las letras y las ciencias el arma de la prensa, y el pensamiento de fundar los ANALES DE LA UNIVERSIDAD DE QUITO nació el mismo día fausto y glorioso de la reinstalación de Corporación tan importante y tan indispensable en un Estado culto y progresista.

Este pensamiento generoso, que no ha tardado en realizarse, ejercerá, como lo esperamos, benéfica influencia no sólo en la Universidad, sino en toda la sociedad ecuatoriana. El título de la Revista da á conocer bastante lo que deseamos que sea: limpio espejo que refleje y muestre al mundo el activo desenvolvimiento de las facultades intelectuales y morales de nuestra juventud universitaria, sus trabajos científicos y literarios, el estado de las rentas y, en fin, todo cuanto constituya la organización y condiciones de la existencia del Establecimiento y cuanto tenga relación con él.

Pero no se crea que nos limitaremos á publicar los frutos de la Universidad: de lo mucho bueno que en materia de ciencias y letras se da á luz hoy en día

en Europa y América, escogaremos lo más útil ó más perfecto para insertarlo en nuestro periódico.

Tampoco estarán vedadas las páginas de los ANALES para los partos de ingenios ecuatorianos que no pertenezcan á la Corporación ó á los bancos universitarios, con tal que versen sobre los objetos mencionados. Aceptamos la luz de donde quiera que venga, si es luz pura.

Quizás no habría inconveniente en que la Academia Ecuatoriana, Correspondiente de la Española, honrase los ANALES con sus importantes trabajos, que tanta analogía tienen con los de la Universidad. Dicha Academia ha estado también, sin culpa suya, largos años como encerrada en un sepulcro, y ya es tiempo que se levante del polvo en que la ha postrado la influencia de una política mezquina y anquiladora de la virtud é ilustración. Ella, uniendo sus esfuerzos á los de la Universidad, haría indudablemente grande bien á nuestra juventud estudiosa y á toda la Nación.

Los ANALES no serán publicación extrana á la política; pero se entiende á la política considerada como ciencia y en sus relaciones íntimas con la vida y suerte de los pueblos, no en sus manifestaciones baderizas y ardientes polémicas personales: esto sería cultivar elementos de discordia y disolución entre los maestros y entre los estudiantes. En esta materia, el número con que hoy damos principio al periódico es una excepción, la que se justifica muy bien, si se fija la atención en la injusticia y el despotismo con que se degradó á la Universidad; en los bárbaros ultrajes de que fueron víctimas sus alumnos; en el ardiente entusiasmo y el valor con que estos han contribuido á las victorias que han traído por consecuencia el derrocamiento de la Dictadura en el interior de la República, y que luego coadyuvarán asimismo á desarraigada y echarla lejos de Guayaquil; y, por último, en la viva excitación que obró en todos los ánimos, y especialmente en el de los jóvenes, el día de la solemne fiesta

de la reinstalación de la Universidad. En esta fiesta era imposible que no hubiese corrido en ondas de lava la justa indignación de todo pecho ecuatoriano amante de la justicia y de la honra de la Patria. Puede decirse que la Universidad ha resucitado entre el fuego y la sangre del combate, y que los ANALES han sido arrullados en su cuna por los gritos del triunfo, los anatemas de la libertad contra la tiranía y las bendiciones de mil corazones á la esperanza de un porvenir dichoso.

¡Quiera el Cielo que en lo futuro los ANALES DE LA UNIVERSIDAD sean solamente el eco de los pacíficos triunfos de las ciencias, las letras y las artes en el Ecuador! Tal es á lo menos nuestro firme propósito.

REINSTALACION DE LA UNIVERSIDAD.

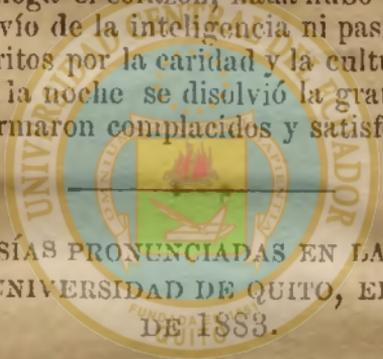
El domingo 18 del mes actual fue día cuyo recuerdo vivirá con gloria en la posteridad. La ejecución por parte del general Veintémilla del decreto inconsulto y desrazonable expedido por el Congreso de 1880, obra del mismo general, trajo la postración y ruina de la Universidad; y el triunfo de las armas de la Patria contra la usurpación y el despotismo,—triunfo de la justicia y la civilización,—ha traído entre muchas reparaciones legítimas y santas la de devolver á dicho establecimiento vida y actividad, luz y honra. Este acto, á no haber otros ciento de trascendental significación, bastaría para mostrar al mundo la justicia y los generosos impulsos que han dado alma é incontrastable movimiento á la guerra que ha conmovido toda la República, y que aun pide combates y sacrificios en el litoral, á esta guerra en que nuestros jóvenes se han levantado hasta el heroísmo, y en que la Patria se ha lavado de la ignominia de que la cubrió la brutal dominación del sable por más de seis años; ¡Cuán bello y magnífico es el espectáculo de la juventud luchando y derramando su sangre por dar libertad y honra á la Patria y por abrir las puertas del templo de las Ciencias! Si fuésemos de otras edades exclamaríamos: ¡Esto es griego ó romano!; pero con voz más firme y convicción más profunda exclamamos hoy: ¡Esto es digno de la civilización cristiana!

En el mencionado día, á las doce, el salón de exámenes, adornado cual convenía para una fiesta de la libertad, las letras y la civilización, se abrió para dar entrada á una concurrencia selecta y numerosísima. El Cuerpo universitario y los estudiantes ocupaban ya sus asientos, la sociedad quiteña se hallaba representada por sus

miembros más honorables, cuando ocuparon sus puestos bajo el dosel los miembros del Gobierno Provisional. Al punto sonó el Himno Nacional ejecutado por numerosa orquesta y perfectamente cantado. La concurrencia lo escuchó de pies y terminó con entusiastas aplausos. En seguida se leyeron ó recitaron numerosos discursos y poesías: eran como ondas de fuego derramadas por corazones patriotas desde la tribuna sobre un auditorio dominado de vivas emociones, y que las recibía con gozo y entusiasmo tales, con tales vítores y palmoteos, que hacen casi imposible la perfecta descripción del acto. Quito no ha presenciado nunca fiesta cívica más solemne ni más alegre.

Poco después de las tres de la tarde se terminó el acto, y numerosas personas, invitadas por el nuevo Rector Dr. D. Camilo Ponce, concurrieron á su casa, donde por él y por su culta y respetable esposa fueron debidamente obsequiadas. Hubo muchos brindis, y fué cosa digna de notarse que, si en los discursos de la Universidad abundaron las sanas ideas, en los brindis, en que más fácilmente se desahoga el corazón, nada hubo que indicase siquiera el más breve extravío de la inteligencia ni pasión ninguna fuera de los términos prescritos por la caridad y la cultura.

A las ocho de la noche se disolvió la grata reunión, quedando todos los que la formaron complacidos y satisfechos.



DISCURSOS Y POESÍAS PRONUNCIADAS EN LA SOLEMNE REINSTALACIÓN DE LA UNIVERSIDAD DE QUITO, EL 18 DE FEBRERO DE 1883.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Después de cantado el Himno Nacional, el Señor Doctor José Modesto Espinosa, Ministro de lo Interior, dijo:

Señores:

Cuando desatentado el brazo del despotismo descargó sobre esta Universidad el golpe que la redujo á fatídico abatimiento, ufanábame yo de servirla con el título de secretario, y lo tenía como corona á mi ardiente anhelo por el progreso intelectual de la República. Y mi ambición se hallaba satisfecha; pues cooperar con los acreditados y dignos profesores que forman las facultades universitarias, á la gloria de esta nobilísima juventud que así consagra sus desvelos al provechoso cultivo de las letras y las ciencias, como ofrenda su sangre á la santa causa de la libertad ecuatoriana, era el límite, no estrecho por cierto, de mis más encendidas y vehementes aspiraciones.

Asistir á la resurrección de este respetable cuerpo científico y literario; verle salir, sano y vigoroso, de su lóbrega tumba, y pedir y obtener mi antiguo aunque innmerecido puesto en esta morada de virtudes, ilustración y talentos, tal fué después mi consolatoria esperanza, durante la lenta y luctuosa noche de la tiranía, en medio de la cual no cesaba de lastimar mis oídos el silbar de las varas que habían castigado, (pues, ¡crímenes fueron para el tirano!), la dignidad y nobleza de la juventud martirizada en cárcel de malhechores.

Pero inopinada suerte me ha traído, señores, sin que yo me atreviese ni á imaginarlo, á otra participación en esta grata solemnidad que realiza mis constantes patrióticos votos; y el recuerdo de este día será, no puedo dudarlo, superabundante resarcimiento de los sinsabores inseparables de una situación que nunca pretendí, y que ojalá pueda redundar en algún bien para la ilustre Corporación que hoy instaura sus fecundas tareas, á la sombra de la libertad reconquistada, en gran parte, por heroicos sacrificios de sus generosos alumnos.

El Gobierno Provisional de la República va á reinstalar la Universidad que echó por tierra, furibundo y bárbaro, el despotismo; y si ella renace de sus cenizas, radiante fénix de la civilización ecuatoriana, cante la Patria *hossanna* inmortal á las victorias guerreras que se coronan con triunfos de la inteligencia, y alborozados los ciudadanos saludemos á las letras que vuelven cuando se aleja tambaleándose, ebria de impotente venganza, la tiranía; á las ciencias que se levantan, cuando desrencajado se despoma y rueda en pedazos el solio de la barbarie.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

El Señor Don Pacífico Villagómez, cursante de la Facultad de Jurisprudencia, leyó el siguiente discurso:

Señores:

No ha podido conferírseme honor más señalado, ni encargo más en armonía con mis sentimientos, que el confiado por la respetable Junta general de profesores, designándome para, como alumno de esta universidad, enderezaros mis mal concertados pensamientos en esta su solemne reinstalación. La escasez de títulos con que me presento en este recinto del saber me infunde temor; y cualquier arranque de modestia por ver de alcanzar vuestra benevolencia me serviría poco menos que para nada, ya que encarecer de aquélla es hoy usanza generalmente seguida en escritos de este género. Allí en esos bancos descubro á mis maestros, y por donde quiera que vuelvo mis miradas encuentro amigos que verán en mí al discípulo, que después de larga ausencia, durante la cual se le había prohibido la entrada á este establecimiento, vuelve ahora

á recordar lo poco que antes estudió, y á escuchar de nuevo, diligente y afanoso, lecciones de sabiduría y de virtud.

Al través del alborozo con que semejante reflexión me regala, inspírame también confianza para continuar en mi labor; pero confieso francamente que siento pasar uno de los más agitados instantes de mi vida. Pues, mi Patria engrandecida con el martirio de sus hijos, fiel conservadora de las glorias de Sucre y Bolívar, y que, á fuerza de reconquistar por fuerza sus derechos y libertad, se ha vuelto digna de las naciones civilizadas, me estremece de entusiasmo y me conmueve hasta el delirio.

Séame permitido, sin embargo, declarar que hago un grande esfuerzo ahogando en su cuna estos sentimientos de mi corazón, para discurrir, siquiera brevemente, acerca de las relaciones de esta Universidad con la sociedad y el poder público en estos últimos años. Fértil en variadas y célebres cuestiones la proposición enunciada, no se crea que trato de desenvolverla en toda su amplitud: mas bien que darle rigurosa solución, voy á consignar algunas ideas que valgan como ligerísimos apuntes históricos.

Para un célebre escritor de fines del siglo pasado y principios del actual, son las universidades una especie de eslabones que enlazan la civilización antigua con la ilustración moderna. Nacidas al calor del sol fecundante del catolicismo, y amparadas bajo la sombra protectora de la Iglesia, han seguido paso á paso á las generaciones que progresaban lentamente, pero con aplomo y lozanía. El transeurso del tiempo y de los sucesos políticos, el adelanto de las ciencias y otras causas han influido poderosamente en dar una organización adecuada tal cual de suyo exigen estos establecimientos literarios.

En los tiempos que corren las universidades, llenas de vida y de fuerza moral, imprimen cierto movimiento civilizador á la sociedad humana, que no puede sustraerse á su acción continuada, dándole uno como carácter especial y vario, según son la importancia y calidad de las doctrinas que en ellas imperan. Así, si en política una quimera es dogma, y una paradoja tiene el mérito de sistema, seducen á inteligencias escasas de luces y se hacen trascendentes á los pueblos conmoviéndolos profundamente. No nos maraville que entonces del error se siga la rebelión, y de ésta se pase á la anarquía, despotismo insolente de muchos contra todos.

Pero la reunión de maestros y discípulos que, á la luz de discusiones filosóficas y detenido estudio de los diversos ramos del saber humano, extraen la verdad límpida y fecunda en hermosos resultados, y la manifiestan con evidencia, y la sostienen con fe, no cabe dudar que es vena prodigiosa de progreso y prosperidad. Un tal caudal de conocimientos se derrama sobre la sociedad como avenida de aguas frescas y saludables; y su aplicación á los diferentes usos de la vida trae consigo todo un bellísimo y armonioso conjunto de bienes que forman esto que suele llamarse civilización de un pueblo. Y por esto, sin duda, entre los grandes deberes que un

gobierno ilustrado realiza y cumple para con los que han confiado en sus manos el destino de la Patria, raya muy alto el de la protección á las letras. La Francia de Luis XIV, sin esta decidida protección, no pudiera gloriarse de un Mallebranche y Pascal en Filosofía, de Bossuet y Fenelón en Historia y Literatura, de Racine y Corneille en Poesía.

En mi sentir, el primer paso de la tiranía es matar toda ilustración. Pues, ella es su impugnador más terrible que al fin y al cabo da al traste con quien conculca todo legítimo derecho.

No debo buscar lejos de mi Patria, ni en remotos tiempos, ejemplos de lo que acabo de afirmar. Sobre el sepulcro de García Moreno se ha levantado la usurpación primero, la dictadura después y la tiranía de siempre, la de un oscuro militar, como se alzó sobre el cadáver ensangrentado de Julio César el trono en que se asentaron los tiranos del imperio romano. Aunque no cosa rara, pero contraste digno de notarse, y que deslinda y caracteriza el genio peculiar de esos dos hombres providenciales: las escuelas de enseñanza primaria difundidas por el mártir del 6 de agosto, hasta en las más insignificantes aldeas, desaparecieron al golpe destructor del infausto caudillo del 8 de setiembre.

El valor y el poderío, si es que su existencia y apoyo no les deben, han contemplado con respeto, en todas épocas, los establecimientos literarios: éste es el miramiento rendido á la razón, huésped, que, como dice un filósofo francés, nos trae nuevas de un mundo desconocido. Cordura del político, especulaciones científicas, lealtad del soldado, honradez del ciudadano tienen casi siempre su cuna en universidades y colegios; y las más veces el austero silencio de sus claustros ha inspirado á muchos poetas cantares rebosando en vida y sentimiento. Por consiguiente, los ingenios que, activos y bulliciosos, pululan en su seno, para alzar el vuelo del pensamiento á las regiones de la sabiduría, han menester de estímulos del gobernante, no de su ojeriza; de protección, no de guerra á muerte. Pero es el caso que odio y propensión marcada á destruir esta Universidad manifestó el gobierno del General Veintemilla. Quiso adelantarse al porvenir con el ruin designio de que desapareciesen en el Ecuador toda huella ilustradora, toda instrucción pública que deja en pos de sí una estela de luz, y que, cual centinela atenta, pasa gritando á los pueblos: ¡adelante, camino de la civilización!

La Universidad de 1878 se organizó con profesores, que adquirieron sus cátedras en propiedad, mediante oposición, conforme al decreto legislativo expedido por la Asamblea Constituyente, en 11 de mayo del mismo año. Ciencias físicas y naturales, Jurisprudencia y Medicina en todos sus variados ramos, Literatura, Idiomas francés é inglés contaban sus dignos representantes en los más ilóneos y sabios conocedores de sus respectivas materias. El gobierno se negó á satisfacer las rentas que la ley había asignado para este plantel de filósofos, legisladores, estadistas y poetas del porvenir,

con el premeditado fin de que sus profesores le abandonasen, y de que la numerosa juventud agrupada en torno de ellos siguiese sendas oscuras, preparadas por la tiranía para la ignorancia y la inmoralidad. Mas un acto de subido patriotismo, nunca bastante bien encomiado, les hizo sostener la Universidad de Quito con gloria y esplendor admirables; y esta conducta magnánima, jóvenes estudiantes, debe despertar en nosotros afectos de imperecedera gratitud.

Dejando á un lado la superficialidad de otros tiempos, que se entretenía más con bellezas de estilo y sutilezas de ardientes imaginaciones, los nuevos maestros aplicaron la crítica al estudio de las ciencias. No un vano prurito de disputa invadió luego las aulas: fué el espíritu de examen riguroso, de análisis filosófico el que se apoderó bien pronto de los ánimos. Contempladas así las más graves cuestiones de las ciencias públicas desde las alturas de la Metafísica, y estudiadas en sus relaciones con la Iglesia y la Historia, hemos visto desvanecerse errores que, con el carácter de dogmas sociales, habían largo tiempo subyugado el pensamiento. Ciertas opiniones que corrían muy validas, y que con apariencias de verdaderas y católicas envolvían lastimosísimos absurdos, fueron impugnadas y reducidas á polvo por el triple poder de la razón, de la autoridad histórica y de la revelación. Alzóse sobre sus ruinas la verdad pura, revestida de esplendores celestiales; y aunque reñida con antiguas y por lo mismo arraigadas preocupaciones, fué sostenida dentro y fuera de la Universidad, en sus certámenes y exámenes, con toda la fe y vigor que produce en el alma el convencimiento de la evidencia.

Bien así como la palabra es signo de la idea, así los discursos y actos literarios de la Universidad son las expresiones del pensamiento dominante en sus aulas. Punto poco menos que imposible es conocer su naturaleza y tendencias, si no las buscamos en el desenvolvimiento y manifestación de los hechos, últimas consecuencias de ese casi secreto y desconocido pensamiento. Habíanse encarnado en el gobierno de Veintemilla los vicios de un poder usurpado é impopular, los defectos de un despotismo perverso y los crímenes de una tiranía brutal. Sus actos administrativos grabados con sello de ilegitimidad y barbarie cayeron bajo el dominio público, mereciendo las censuras más razonadas y valientes de los jóvenes universitarios. De aquí su famoso decreto expedido el 4 de noviembre de 1880, y la sanción y la ejecución consiguientes que, despojando á los profesores de sus cátedras, violaban el derecho de propiedad escudado de la justicia, amparado por leyes preexistentes. Semejante decreto, que no era ley por el turbio origen de donde procedía, como por ser en sí injusto, indignó á los alumnos de esta Universidad, quienes, á la vez que tributaron un testimonio de agradecimiento á sus maestros, manifestaron su alarma y profundo disgusto en la *Protesta* publicada el 1.º de diciembre de 1880.

¡Quién lo creyera!; esa exposición mesurada y digna de jóve-

nes cultos, esa queja amarga de nuestro justo resentimiento, inspiró recelos y temores á la tiranía asustadiza, sirviendo de pretexto para desplegar cruda persecución contra sus autores. Los pocos que cayeron en poder del perseguidor fueron reducidos al Panóptico, donde endulzaban el rigor y la amargura de inmerecidos castigos con alegres cantos de libertad. Toda una sociedad tenía fijadas sus miradas en esos héroes á quienes ni el favor sedujo, ni el tormento debilitó su constancia. Cruelmente mofáronse de las iras del tirano sufriendo con entereza y serenidad martirios indecibles; y por eso inventó para los otros jóvenes que eludieron la persecución el castigo de cerrarles las puertas de universidades y colegios. El Dictador nos impuso, pues, pena de ignorancia; pero esta para él ignominia no fué para nosotros sino un incentivo que encendió en el corazón el divino aliento de morir ó libertar la Patria. Las cinco mil bayonetas con las cuales llevó á cabo su barbarie, arrancadas de manos de sus esclavos, nos han servido para abrirnos paso y penetrar en el santuario de las letras.

Las ideas tienden á convertirse en hechos, dice un escritor español que hoy está abrumando á los sabios del antiguo y nuevo continente con su vasta erudición y notable ingenio. En toda transformación civilizadora, en todo grande acontecimiento se descubre un pensamiento que concibe, y un brazo que lo ejecuta, aún cuando la ejecución del concepto se prolongue en la serie de los tiempos. Primero fueron la filosofía y escritos políticos de Platón y Aristóteles, con prioridad de naturaleza y tiempo, que le extensión y magnificencia del imperio de Alejandro; y la Revolución Francesa no puede estudiarse, si antes no se tiene noticia de las doctrinas de enciclopedistas y filósofos del siglo XVIII.

La Universidad de 1878 en sus dos años de existencia, tan sistemáticamente oposicionista á un gobierno ilegítimo, tan juiciosa y valiente en sus censuras, tan comunicativa y propagadora de sus principios salvadores, según hemos acabado de verla, contribuyó poderosamente á formar el pensamiento nacional de arrancar la República de los brazos de un corrompido militarismo: pensamiento elevado que germinó en la juventud, vida y corazón de nuestra Patria, y que, difundándose como corriente eléctrica en todas las clases de la sociedad, armó á ciudadanos libres, preparó una heroica guerra civil y apareció en la gloriosa forma de una santa, legítima, patriótica insurrección. Además, la sangre de jóvenes ilustres derramada en las calles de la capital y en los combates de norte, centro y sur de la República, dando está testimonio de que fueron ellos los ejecutores de una idea, iniciada por nuestros escritores públicos, robustecida por nuestros maestros, acogida y sostenida por aquéllos en todas partes. La historia del Ecuador recogerá estos hechos que constituyen uno de los muchos timbres de su gloria, tributando á la juventud ecuatoriana en nombre de la civilización y de la justicia un homenaje de agradecimiento y admiración.

¡Jóvenes! la nación en donde aparece una juventud que combate los errores y los crímenes con la palabra y con la espada es feliz, porque anuncia una era de grandeza para la Patria. El porvenir es nuestro; y tened presente que los laureles que se recogen á la sombra de la paz con el cultivo de las letras son tan gloriosos como los que se conquistan en los campos de batalla. Hagamos, pues, fervientes votos al Cielo porque esta Universidad, dirigida por su ilustre Rector y nuestros sabios maestros, manifieste siempre que es estudiosa y amante de la verdad, enemiga de los tiranos, libre y católica.

He dicho.

El Señor Don Manuel María Casares, cursante de la Facultad de Medicina, leyó:

Excelentísimos Señores, Señores Profesores, Señores:

Confuso, casi anonadado me encuentro al dirigirme hacia vosotros como alumno de la Facultad de Medicina; ante varones ilustres, cuál por el saber, cuál por la pluma ó la espada, apenas me atrevo á levantar mi débil voz. Productos de inteligencia no hallaréis en mí, tan sólo vais á escuchar las sensaciones de mi corazón. No dudo que entre las prendas que os adornan descuella majestuosamente la clemencia: ella perdonará mis faltas.

En la solemne reorganización de la Universidad, de ésta debo ocuparme; permitidme haga una dolorosa excursión, triste, pero obligado recuerdo de funestos y tenebrosos acontecimientos.

Reuniéronse un día los genios eminentes del Derecho, de la Medicina y de las Ciencias: iban á luchar con el arma divina de la palabra: lidiaron y el éxito fué brillante. Este establecimiento vió entonces sus cátedras honradas por sabios profesores; despertóse el entusiasmo de los estudiantes al oír las fecundas doctrinas de sus maestros. Sí, señores; estudiábamos con ahinco, con amor, con entusiasmo; nuestro orgullo se cifraba en corresponder á tan benéfica instrucción. El porvenir de la Patria era nuestro y segura estaba ya la más sólida base del progreso, de la libertad y de la religión. Mas el genio del mal, la satánica ignorancia dió un bramido de furor al contemplar la terrible guerra que le preparábamos, é inspiró á Veintemilla su rencor contra este santuario. El horizonte principió á oscurecerse, las rentas universitarias fueron suprimidas; mortal habría sido el golpe, si hubiera chocado en el interés y no en el patriotismo y amor á la juventud que escudaban el pecho de los catedráticos, quienes, despreciando este insulto, continuaron con la misma laboriosidad y ardor.

Empero el congreso de 1880 que por sarcasmo se decía representante de la Nación, no tembló al ultrajar la parte más noble de ella, la Universidad. En efecto, facultó á Veintemilla pa-

ra despojar de la propiedad á los profesores. La violencia no se hace esperar y pronto se pone en práctica la injusta ley del congreso. Esta vez más nuestros maestros probaron que el honor era su principal y seguro baluarte, al rechazar enérgicamente la condición de interinos. Y entonces desastrosas fueron las consecuencias para los estudiantes: llevados del reconocimiento y gratitud protestan contra el injusto atropellamiento; la contestación fué el Panóptico. A guisa de escarnio vísteseles de soldados y, al chasquido del látigo, aprenden la corneta. Veintemilla azotando á la juventud es el cuervo que devora el corazón de la Patria. La ciudad entera se estremece en presencia del inaudito atentado; una matrona respetable cae herida como de un rayo al saber que azotan á un pariente suyo. Apaciguada un poco la cólera del déspota, propone á los jóvenes presos firmen una contraprotesta para obtener la libertad; proposición tan baja fué rechazada con indignación.

Los que se libraron del Panóptico se vieron en seguida colocados ante un horroroso dilema: ó suscribir su ignominia, ó verse excluidos de los exámenes. ¡Ah! Veintemilla, ¿cómo queríais romper á los estudiantes; enseñarles á ser apocados, ruines y cobardes? ¿qué es sino asesinar su alma? Desesperante era la situación: entreveían un porvenir siniestro, sentían evaporarse sus más halagadoras esperanzas; sin profesión, ¿qué iba á ser de ellos? Dos años han permanecido en tan lamentable estado; lo perdido en este tiempo, ¿quién sería capaz de restituir? Responsabilidad, y responsabilidad atroz pesa sobre los que tanto daño hicieron. La Universidad de entonces habia perdido su antiguo esplendor y los estudiantes con el corazón oprimido apenas podían dedicarse á sus tareas. La esperanza, esa vida del alma, fué el único sostén de sus angustias. Un nuevo y fuerte ataque habian de sufrir, la Dictadura, es decir, la prolongación de su desgracia. Considerad, señores, cuál sería su entusiasmo al saber que los bravos del Norte preferían la muerte á la esclavitud. Todos deseábamos volar á morir por la libertad; los más felices así lo hicieron.

No me detendré en referir las alternativas de dolor y placer en que hemos vivido, durante la santa guerra de la República contra la infamante Dictadura. El Diez de Enero, señores, nos ha devuelto la vida. ¡Oh glorioso día, tu memoria permanecerá eterna en el corazón de la juventud! El Diez de Enero representa al pueblo rompiendo sus cadenas y destronando á tiranuelos y ruines; es la reivindicación de los derechos, del honor y del deber. La Patria, esa majestad de gran porte, aparece llena de gloria, ha salido del cieno en que mahladados hijos la sepultaran, y ahora extasiada en su propia dicha bendice en nombre de la libertad á los héroes de la República. Podemos ya llamarnos hombres, ciudadanos de honra y pro; la fea mancha que ennegrecía la Nación está lavada con sangre y con la mejor sangre, la del martirio. Sangre y lágrimas han sido necesarias para nuestra redención; jóvenes en la aurora de su vida han muerto por ella. Verdaderamente, señores, nuestros anales ca-



si no registran una revolución más justa ni más grande, justa por los principios que sostiene, grande por el heroísmo.

Si nos limitamos á la Universidad, puede decirse que el Diez de Enero es su glorioso timbre. De hoy más ya no será la burla de los gobernantes sino aquel santuario adonde entran reyes con sombrero en mano.

El Supremo Gobierno Provisional, al abrir inmediatamente este recinto de la sabiduría, dando está muestras de que su principal anhelo es la felicidad del pueblo. Pueblo que se instruye cerca va de ser gran pueblo; sacrilegio y horrendo crimen es reventarle los ojos y despeñarle en la ignorancia, matarle el alma, imagen del mismo Dios. Instruyámonos, conozcamos los sagrados deberes del ciudadano en su más pura fuente, elevemos la Universidad á su respectivo sitio en la escala social y... que se nos encaren tiranos, que nos arremetan traidores. Las bayonetas se rompen en mil pedazos ante hombres cuya fuerza es la inteligencia, cuya armadura son pundonor, justicia y libertad. Precisamente porque los perversos vislumbran su ruina en el cultivo del talento, siempre han procurado endiosar á la ignorancia. El tirano de conciencia negra teme la crítica, las lecciones de bien que se le dirigen; la conciencia limpia, el corazón puro nada temen, y tranquilos labran la felicidad de un pueblo.

Hubo un oscuro tiempo en que se prohibió hablar de política en esta tribuna; ¿era pavor? ¿tan negra tenían el alma que se avergonzaban al descubrirla? Sin periódicos, sin asambleas políticas, ¿dónde habíamos de expresar nuestras necesidades y sufrimientos escolares sino en la Universidad? Querían esclavos mudos, viles aduladores, hé ahí el motivo.

Las grandes universidades siempre han terciado en la cosa pública: la de Francia castigaba malos reyes, entendía en los conflictos del Estado y más de una vez le dió la salvación. En lo antiguo, en la culta Atenas, era conminado con la infamia el más oscuro de los griegos que prescindiese de la política. En el Ecuador, reinando la barbarie, se excluyó de ella á la más grande de las instituciones sociales, la Universidad. Felices serán los pueblos cuando sean gobernados por filósofos, por hombres de saber y entender; Veintemilla no lo creyó así, y la Universidad debía ser indiferente á sus desafueros. Extendamos la vista por Europa y veremos que la nación más poderosa, la Alemania, es al mismo tiempo la más sabia é instruída. Ella multiplica universidades, no las destruye; venera á sus estudiantes, no los persigne; establece la instrucción gratuita, no usurpa las rentas.

Grande es el día en que exhala el último aliento la ignorancia y principia el reinado de Minerva. La Universidad de Quito será otra vez aquella que siempre ha tenido puestos en sí los ojos de Sud América. Hombres ilustres han salido de ella, y si alguna consideración tiene el Ecuador ante el mundo es por sus escritores y célebres ingenios. Las Leyes, la Medicina, las Ciencias están de pláceme:

tendrán adictos cultivadores y una juventud entusiasta que apreciará á mejorar los destinos de la Patria. El Gobierno protegiéndola con decisión acarreará las bendiciones del porvenir. Ya no existirá ese rompimiento tan funesto entre la fuerza y la inteligencia.

Jóvenes, vais á entrar en la vía del progreso, no deslustréis el renombre que habéis adquirido, ved que las demás naciones os contemplan con asombro. Nuestros enemigos aun rugen en su desesperación; si no los exterminamos pueden rehacerse y entonces ¡ay de nosotros! Si el último suspiro de nuestros labios, si el postrer latido de nuestro pecho son necesarios, entreguémoslos: ¿consentiremos en nuestra ignominia, aceptaremos la esclavitud? Unámonos y seremos invencibles. La muerte antes que la ignorancia. Recordad la desgracia pasada y convertíos en campeones de la República, que no están reñidas las letras con las armas. Sócrates peleó en Mantinea, Cervantes en Lepanto, y desdichado del enemigo cuando tiene que medírselas con los héroes del saber. Siempre, siempre han vencido los grandes hombres; los libertadores nunca han sido ignorantes. Conmovedor es el ejemplo que una gran porción de la juventud ecuatoriana nos ha dado ya; imitémoslos, aumentemos el número de héroes niños que son el orgullo de la nación.

No sería fiel intérprete de mis compañeros si, al terminar, no expresara al Supremo Gobierno Provisional nuestro profundo reconocimiento y gratitud. El bien que hemos recibido con la apertura de la Universidad es una segunda vida, un segundo bautismo. Aceptad, Señores, la sangre que os ofrecemos para coronar la obra que lleváis á cima con tan prósperos augurios; y tiránelos viles ya no despedazarán el corazón de la Patria, la juventud.

He dicho.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

El Señor Don Pedro Antonio Guarderas, cursante de la Facultad de Ciencias, leyó:

Señores:

Las Universidades son el corazón de las naciones civilizadas, corazón que late al impulso del saber que germina; son el sol que ilumina y fecundiza; la atmósfera que alimenta la savia de los pueblos. La vida de una nación es el resultado de esa fuerza; si ésta se abate y debilita, el pueblo muere; mas si se vigoriza la nutritiva fuente, brota de su seno la esperanza y con ella la libertad y la sabiduría.

Los bárbaros del Nuevo Continente no conocieron esos centros de vida y se dejaron remachar la cadena del esclavo.

Hoy renace esta Universidad de la tumba en que yacía, y, cual Lázaro resucitando á la voz del Nazareno, levántase de sus ruinas al grito sublime de "levántate y vive" con que la llaman sus

salvadores. Marta tuvo fe, y Lázaro recobró la vida. Profesores y discípulos tuvieron fe, y hoy de pie sobre la losa que cubría sus cenizas, puede la Universidad exclamar: Por la fe me he salvado.

Grande es este día de renacimiento; día en que la Patria siente latir su corazón, y el espíritu de vida que por sus venas circula, la reanima y la saca de su entorpecimiento y atonía. Estos días gloriosos en que la República ve su porvenir lleno de esperanzas, en que la Universidad sacude las cadenas que remachó injusta la ignorancia atrevida, la tiranía ambiciosa; en los que la juventud, herida en lo más vivo, salva su honor y se apercibe á derrotar tiranos; justo es, señores, sean solemnes y pasen como ejemplo á las generaciones venideras.

Me mandasteis, señores profesores, que en nombre de la Facultad de Ciencias tome la palabra; me creo insuficiente para desempeñar cargo tan honroso, pero me obliga el deber, y me alienta el entusiasmo. Soy joven que empiezo apenas el laborioso, pero para mí querido, camino de la ciencia, con la poderosa ayuda de vuestras saludables enseñanzas, y, por tanto, merezco sin duda vuestra benevolencia.

Las ciencias llevan al hombre al engrandecimiento y á la perfección; y cada ramo del saber humano conspira en su esfera de acción á realizar lo que en el mundo cabe, la felicidad, y contribuir á formar esa deidad, que adquiere cada día bellezas y perfecciones, llamada Civilización. Los rayos que brotan de cada una de ellas, lejos de confundirse, se hermanan, se entrelazan y forman juntos el luminoso foco que nos guía camino del progreso.

Si echamos una ojeada á la humanidad, veremos al hombre caminando por el sendero de su felicidad, impulsado por la civilización compañera inseparable de la ciencia, estimulado por la virtud y por la libertad que anhela.

Desde el principio del mundo se ve en la primer pareja de la humanidad, *predominar las ideas, las verdades invisibles sostener á las palpables, el cuerpo tomar por guía el interés del alma.* Pero desgraciadamente nace el orgullo en esa familia dichosa, el hombre empieza á errar, y el pecado, desordenando sus facultades, pierde en la noche de los tiempos los primeros rayos de la civilización.

Del Asia parte ésta á las demás naciones; Pitágoras, Homero, Platón buscaron en Egipto la ciencia y civilizaron las dos Grecias. Grecia y Roma tienen la gloria de ser la cuna de esos genios divinos que alumbran eternamente al género humano. Los griegos y romanos, cuando libres, fueron sabios: la sabiduría no nace en las almas esclavas, porque esa virgen muere oprimida por la mano de los déspotas. En Egipto y en el Oriente, era la Medicina, como las demás ciencias, el secreto que guardaban los sacerdotes quienes cerraban egoístas los tesoros del saber, como objeto de honor y especulación, hasta que el genio de los griegos la sacó del oscuro misterio en que vivía; pero si la hizo respirar la libertad, no pudo arran-

carla del poder de los dioses: Júpiter á las quejas de Pluton fulmina rayos contra Esculapio, por haber resucitado muchos muertos. Luego se eleva un genio, sale Hipócrates de la escuela de Heródico, y adelantándose á los tiempos, divisa el verdadero punto de vista de la Medicina, la separa de la Filosofía, observa los fenómenos morbosos, descubre la Higiene, estudia el influjo de los agentes que nos rodean, y hace de la Medicina un verdadero genio, que, con bálsamo divino, mitiga las dolencias de la humanidad.

Donde quiera que las ciencias se cultivan, la civilización florece; y si esta palanca poderosa se apoya en la verdad y en la fe, levanta á las naciones á la cumbre del progreso.

Europa recibe las primeras luces de las alturas de Asia, y mientras no se alza el sol de Galilea, el Occidente se pierde; mas vivificadas sus instituciones con la verdad del cristianismo, levántase fuerte y sabia, y Europa se convierte en señora del mundo.

Si todas las ciencias tienen el noble destino de engrandecer la humanidad, tiénelo especialmente las que tienden á satisfacer necesidades imperiosas, á dilatar los horizontes de la inteligencia con los límites de la ciencia en general.

Sí, señores; las ciencias físicas y naturales son la gran palanca del progreso: sin ellas no hay civilización ni bienestar posibles. Las artes no se cultivarían, la industria no progresaría, y las demás ciencias tal vez se quedarían atrás sin el influjo de las primeras. ¿A qué debe la humanidad sus grandes adelantos, esos pasos de gigante que ha dado la generación moderna avanzando en el progreso?

El telégrafo, llevando el pensamiento en alas del rayo y civilizando el mundo; Newton, aproximando el cielo á la tierra, como para llenarle de sus perfecciones; Colón, cruzando el espacio sin fin de desconocidos mares y ofreciendo á la humanidad el rico presente de un mundo; ¿qué son, sino la resolución de esos grandes problemas?; ¿qué, sino el secreto misterioso de las ciencias descubierto por esos genios, orgullo de la humanidad?

¡Ay! señores, sensible es ver volar algunas sociedades felices en alas de la civilización y no poder seguirlas; sentir el fuego que impulsa y eleva, y tener que reprimirlo y ocultarlo en lo más escondido del alma. ¡Cómo quisiera para tí tantos tesoros, oh Patria de mis esperanzas é ilusiones! Joven en la historia de la vida, pero envejecida por el maléfico poder de la ambición y el despotismo, no has podido levantar tu vuelo á las altas regiones del progreso.

Levantada por la mano de un gigante que todo lo vence por llevar á su patria á la altura de las naciones cultas; que comprende que no hay civilización ni progreso posible, sin la ciencia apoyada en la virtud y moralidad de los pueblos; que funda colegios, que abre universidades; que, conociendo la importancia de las ciencias naturales, busca sabios en las naciones europeas y forma la Escuela Politécnica que hubiera sido el gran faro nacional; avanzaba el Ecuador coronado de flores camino de la civilización.

Pero, apenas esa magna obra se ha iniciado, terribles calamidades

dades amenazan nuestro suelo: la ambición y el despotismo se levantan y amenazan de muerte á las instituciones científicas; esbirros de la tiranía hacen de verdugos en el sacrificio de la víctima inocente; y la ciencia, y con ella la libertad de un pueblo caen espirantes, y en su agonía son pisoteadas por las plantas de un déspota ambicioso.

¡Usurpador de nuestros sagrados derechos, quisiste matar nuestra esperanza con la punta de tu espada para que con las tinieblas de la ignorancia y el sello de la ignominia, marchemos uncidos á tu carro vergonzoso!

Pero, no: la tiranía tiembla cuando la juventud se irrita; ni las crueldades del tormento pueden manchar su honor, ni la fuerza de las bayonetas ahoga el grito de su indignación; firmes en su desgracia levantan el grito de alarma, y dejando á Minerva por seguir á Marte, contribuyen en gran manera á la restauración de las ciencias, de la justicia y de la libertad ecuatoriana.

Maestros, dignos sois de que la Patria encomiende á vuestras manos todo su porvenir; con el ejemplo de vuestras virtudes y la verdad de vuestras saludables enseñanzas, sea la juventud virtuosa para ser libre, y libre para ser sabia.

Jóvenes que acabáis de ser héroes para venir á haceros sabios, no olvidéis que las ciencias que civilizan las naciones, no florecen sino á la sombra de la virtud que enseña, de la libertad que vivifica, y de la dignidad que ennoblece.

Ho dicho.

En seguida la orquesta, dirigida por el Señor Don Aparicio Córdoba, ejecutó la sinfonia de M. Suppe, intitulada "El Poeta y el Aldeano"; y el Doctor Don Camilo Ponce, Rector de la Universidad, dijo:

Señores :

Acaba la Patria de tener un día de gloria inmarcesible, de imperecedero recuerdo. Tras largo período de oprobiosa y brutal tiranía que, rompiendo los diques á los torrentes de iniquidad, ahogó en general diluvio justicia, moral, probidad, cuanto constituyó los fundamentos sociales, la nobleza de la Patria, el timbre de la humanidad; brilló el sol esplendoroso del Diez de Enero, seguro nuncio de reconstitución social, de estabilidad en el orden, de libertad en la justicia, de días prósperos y venturosos.

La Universidad, foco de los brillantes rayos de la inteligencia, nudo de la vitalidad social, madre y nutriz de la ciencia, no podía atravesar los tenebrosos días de la tiranía sin provocar sus iras y servir de blanco á sus furoros.

Entre la inteligencia y la estolidez, entre la ciencia y la ignorancia, entre la justicia y la fuerza, cuando las primeras en vez de tener á las segundas bajo su legítima dependencia, se encuentran

impelidas por ellas, estalla la guerra, y guerra sin tregua ni reposo, hasta que el orden subvertido se restablezca con el recobro del predominio de lo que debe gobernar sobre lo que está destinado á obedecer.

Entre la Universidad y Veintemilla, el concierto y la paz eran imposibles, y una vez empeñada la inevitable lucha, la Universidad, débil materialmente, tenía que elegir entre las vías de glorioso martirio ó de humillante esclavitud.

No vaciló, ni podía vacilar. Representada por la gran mayoría de sus ilustres profesores y generosos alumnos, tomó decidida y varonilmente la primera senda, y con la Patria y por la Patria, tuvo días de dura prueba y amarga tribulación. Justo es que como ella tenga un día de pura gloria, de solemne regocijo, y ese día ha llegado y lo estamos atravesando.

Al poner la vista en el auditorio que me rodea, me estremezco de respeto y entusiasmo. ¿Quiénes lo componen? Bizarros adalides que, herida el alma por los lastimeros gemidos de la Patria aherrojada y envilecida, abandonaron el tranquilo hogar, ó cruzaron inclementes desiertos, ó trasmontaron heladas sierras, para empuñar la espada redentora, arrancar una á una las armas de mano de los opresores y, compitiendo en constancia y valor, sembrar el pánico en las filas de sus enemigos, con pasmosas victorias ó con retiradas aun más pasmosas todavía: profesores que, poseídos de la excelcitud de la inteligencia, de la dignidad, de la ciencia de que son representantes, rechazaron con desdén los cohechos de la torpe tiranía y presentaron altiva y serena frente á las amenazas y á las persecuciones, resueltos á rendir la vida antes que la noble cerviz al oprobioso yugo; alumnos dignos de tales profesores, en quienes la generosa indignación contra el audaz ultraje y la gratitud para con sus maestros retemplaron el valor, y los empeñaron en tan desigual combate, que las almas vulgares pudieron calificar de insensato; pero que, á los ojos de los espíritus magnánimos, fue un sublime vuelo de virtud y patriotismo de que sólo es capaz la juventud bajo los impulsos de exuberante vitalidad.

Profesores y alumnos, sobre vuestras frentes veo también las coronas de laurel que la Patria señala á sus libertadores. Merecidas las tenéis: vuestro noble ejemplo de altiva dignidad y firme resistencia á la tiranía, vuestros padecimientos como despojados, perseguidos, expatriados y vilmente atormentados, avivaron eficazmente el sacro fuego del patriotismo en el corazón del pueblo; vuestra cooperación contribuyó á reunir los elementos necesarios para el combate, y en los momentos de supremo peligro abandonasteis el tranquilo retiro de vuestras labores intelectuales, para mezclaros entre los combatientes y coadyuvar á la libertad de la madre común.

Noble y generosa juventud, la Patria no podrá olvidar los heroicos sacrificios que le habéis ofrecido en fructuosa ofrenda. Os contempla todavía en el teatro de vuestro sublime martirio á merced de la brutalidad de pretorianos desalmados; os ve lidiando en lo

más reñido de la pelea, prodigando con largueza vuestra preciosa sangre, presentándole en holocausto víctimas de inapreciable valía, y, orgullosa de teneros por hijos, inscribe reconocida vuestros nombres en los fastos de su historia.

Honor, gloria y libertad habéis adquirido para ella, para vosotros y para vuestra bien venida generación; mas ¡á cuán elevado precio! ¿Por qué veo en vuestras filas tantos y tan notables vacíos? ¿Qué habéis hecho de los Dávalos, Flores, Borreros, Saas, Benalcázares y otros muchos de vuestros invictos compañeros? Esas palmas de ciprés entrelazadas de laurel, que el viento mece en nuestros cementerios, me lo están diciendo.

Mas, no renovemos en este instante tristes recuerdos. La República está de plácemes y esta Universidad con ella. Puro regocijo conmueve los corazones, y la mente, enardecida á impulsos del patriotismo victorioso, rompe los velos del porvenir, y embriagada contempla á la Patria limpia del baldón que la afeaba, libre de las cadenas que la atormentaban y, ataviada de fiesta, caminando serena á la pacífica conquista de los codiciables bienes de la verdadera civilización.

Para que tan hermoso presentimiento llegue á ser consoladora realidad, no olvidemos, señores, que la ardua empresa en que estamos empeñados, lejos de hallarse coronada, está apenas en sus principios.

Recobrar la libertad contra las cinco mil bayonetas que la encadenaban, luchando uno contra tres, diez contra ciento, ha sido obra de esfuerzos gigantescos, de admirable constancia, de heroica bizarría.

Reconstituir la República, asentando el orden sobre firmes bases, restituyendo á la autoridad, prostituída é infamada por negros crímenes y asquerosos vicios, la majestad y el prestigio que gobiernan con eficacia y sin violencia; garantizar la libertad de manera que ni la tiranía la secuestre, ni la anarquía la torne en asoladora lava, es á todas luces empresa aun más difícil y colosal.

Para coronarla, la Patria exige de todos sus hijos cordura y sensatez, moderación y prudencia y, más que todo, tolerancia, espíritu de sacrificio y abnegación sin límites. No podemos dudarle: esta justa exigencia será atendida; pues los que no le han escatimado la vida misma, son incapaces de rehusarle la inmoliación del egoísmo con su largo cortejo de mezquinas pasiones.

Hemos desencadenado, señores, la tempestad y embravecidas las olas, acabarán bien pronto de convertir en menudo pelvo el duro escollo de la tiranía. Se acerca ya el tiempo de tranquilizarlas. Aprestemonos para entonces á arrojar, con larga mano, al contorno del amado bajel en que navegamos, el calmante aceite de acendradas virtudes.

No se diga ya más del Ecuador, lo que de la generalidad de las naciones de SurAmérica: “pueblos que se debaten en las convulsiones de la anarquía”. Sea ésta, al par que la más justificada y

legítima, la última de nuestras revoluciones.

Estamos combatiendo por la Libertad: acabemos de recobrarla, y, volviendo al punto nuestras armas contra la anarquía, lidemos en pro de la autoridad, teniendo presente que la anarquía, no menos que el despotismo, es enemiga declarada de esa hija nobilísima del Cielo que sólo respira y vive en el perfumado y tranquilo ambiente del orden.

La Universidad, que tan poderosa y ampliamente ha coadyuvado á la primera parte de esta gloriosa empresa, cooperará á la segunda con no menos consagración, y, á no dudar, con mejor éxito, desde que, vuelta al campo adonde la llaman su índole nativa y sus naturales pretensiones, ponga en acción las aptitudes peculiares que en su seno se cultivan, desarrollan y adquieren.

Estad de ello seguros, ilustres ciudadanos que formáis el Gobierno Provisional: profesores y alumnos, como se encontraron á vuestro lado en los campos de batalla, os ayudarán solícitos en la delicada tarea de reorganizar el país; pues los encendidos anhelos del patriotismo que á tal conducta los impulsan, se encuentran en el día vigorizados por la justa gratitud que en ellos excita el ilustrado interés con que, á pesar de vuestras numerosas, importantes y urgentes atenciones, habéis puesto vuestras primeras miradas en este establecimiento, para sacarlo del hondo abismo en que yacía sumido.

Aceptad el profundo reconocimiento de unos y otros, de que soy fiel intérprete; y permitid que no termine sin expresar el finy especial que yo os debo por haberme colocado á la cabeza de esta corporación que, á su nobleza y respetabilidad naturales, une el esclarecido mérito que sus miembros han adquirido en su larga lucha contra la tiranía, sirviéndome de excusa de no haber declinado tamaña honra, el deber, ahora más que nunca ineludible, de prestaros pronta y entera obediencia, en que nos hallamos todos los ciudadanos.

El Doctor Don Julio B. Enríquez, Decano de la Facultad de Jurisprudencia y profesor de Derecho Internacional, Ciencia Constitucional y Administrativa, dijo:

Señores:

Después de los brillantes discursos que acabamos de oír entusiasmados, no soy yo quien debiera dirigiros la palabra, porque mi desautorizada voz no merece la honra de ser escuchada por este ilustrado auditorio que, en día tan solemne para la juventud y la Patria, tiene derecho á que se le hable el lenguaje de la elocuencia. Pero, si mi pobre inteligencia no puede producir, señores, ni una flor que sea digna de vosotros, mi corazón republicano sí quiere y debe acompañaros á execrar la tiranía, entonando el himno sagrado de la libertad, á la sombra de esos hermosos pabellones que adornan este santuario de las ciencias y que, con los colores del iris, simbolizan hoy la gloria y la esperanza de la Patria. Y aquí es, se-

ñores, en esta angusta casa de la juventud, donde debemos celebrar la sublime fiesta de la Libertad, porque la juventud la ha conquistado; y la celebramos en este día, porque la reinstalación de la Universidad es fruto de justicia, y la justicia es hija de la verdadera libertad. Sí, la juventud ha reconquistado la verdadera libertad, porque su inteligencia busca la verdad y su corazón ama el bien, y el bien y la verdad que busca y ama no puede hallarlos sino con la divina luz de la libertad. Y ¿no veis, señores, la ardorosa frente de la juventud coronada aún con el rosado laurel de la victoria? Y una parte de esa juventud, tan patriota como inteligente, y tan republicana como libre, ¿no es la misma que hoy vuelve de los ensangrentados campos de batalla á ocupar en las aulas de esta Universidad el asiento que dejaron abandonado y vacío por amor á la Patria?

¡Ah! señores. Un soldado ambicioso, que soñaba con el oro, hizo del crimen el pedestal de su poder; y, desleal y perjuro, subió por los escalones de la infamia al augusto asiento de la autoridad social; y allí, bajo el solio, que no levanta el pueblo sino para honrar al patriotismo y la virtud, á la ilustración y el talento, la traición colocó su trono, y en él se sentaron los vicios, velados por la ignorancia. Y desde entonces no fué ya la ley, no la justicia, no la libertad en el orden, la fecunda savia que da vida á la República: la sultánica voz de la tiranía substituyó al soberano mandato de la ley; el sol de la justicia social se eclipsó; huyó la paz; y el traidor anegó con la sangre de millares de hermanos el suelo ecuatoriano, para asegurar el poder usurpado, que la Nación no le hubiera confiado jamás. Triunfó el crimen y, con él, la fuerza contra el derecho, y la iniquidad contra la justicia; y el tirano, vestido con ensangrentada túnica, la miró con infernal sonrisa y se levantó sobre la tumba de la Patria. Y cuando el heroico pueblo de esta ciudad histórica, con la ardiente juventud á la cabeza, sin otras armas que el valor inspirado por el patriotismo, quiso reconquistar el imperio del orden, bajo el estandarte de la legitimidad levantado en el Norte; el crimen triunfó otra vez, y otra vez se derramó abundante la sangre inocente de los hijos fieles de la República. Horrorizado me estremezco, señores, al recordar ese infausto día en que los esbirros del tirano asesinaron ¡cobardes! al indefenso pueblo; y no quisiera traer á la memoria, si no estuviesen aún vivas las profundas heridas de la Patria, no quisiera recordar, digo, que al festín de los fratricidas se convidó también al extranjero armado, . . . para obsequiarle con un mendrugo de pan ensangrentado. . . . (1)

(1) Si la incalificable invasión de los colombianos que, en noviembre de 1877, vinieron comandados por Rosas y Figueredo á auxiliar al traidor y tirano de nuestra Patria, es justísimo motivo de amargas quejas; deber nuestro es manifestar la gratitud á que son acreedores los colombianos que, como amigos, como hermanos, como americanos, han contribuído y siguen contribuyendo noble y generosamente á combatir la Dictadura y reconquistar la libertad y el orden.

¡ Ah! Más fácil me sería creer que un hijo pudiese matar á su madre, que no deshonrarla; pero Veintemilla, el hijo más ingrato de la Patria, la afrentó también después de asesinarla.

Terrible expiación pesaba sobre la República; y un nuevo crimen, nacido en los cuarteles, en esas inmundas y lúgubres sentinas donde el militarismo engendra la tiranía, hizo que la mayoría de la llamada representación nacional fuese la representación oficial del traidor, para que ella le diera escrito, con tinta de sangre y de infamia, el título espurio de su poder usurpado. Y fué en vano que se dictasen nueva constitución y nuevas leyes, pues constitución y leyes debían ser y fueron para Veintemilla, lo que para una fiera el débil hilo de seda con que se pretendiese sujetarla.

El negro manto de la tiranía siguió cubriendo la República: no hubo derecho que no fuese conculcado, ni garantía que no fuese burlada. La libertad, sobre todo, la libertad para el bien no existía, ni era posible que existiese con Veintemilla: la libertad es luz, y á la luz aborrecen las tinieblas de que ha menester la tiranía para vivir, y por esto la libertad era imposible.

La palabra y la imprenta, divinas mensajeras del pensamiento, estaban amorzadas ó proscritas. El martirio del látigo, del infame látigo, digno sólo de la infamia, se levantó atrevido para matar la juventud; el mismo látigo con que la tiranía había insultado ya la inteligencia y el valor de uno de los soldados de la libertad, centinela de los principios; el mismo látigo con que la Dictadura ha insultado también á la América Republicana, y la barbarie ha escandalizado á la civilización.

En un altar de la Patria, en uno solo, señores, aquí, en el altar de las ciencias, se conservaba intacto y puro el sagrado fuego de la libertad; porque la verdad, objeto de la ciencia, y el bien, fruto de la verdad, no pueden alcanzar los pueblos sino con la vívida antorcha de la libertad. Y porque esa antorcha no la hubieran apagado jamás los profesores que la encendieron, puesto que el patriotismo la encendió, el tirano sopló sobre ella con su impuro aliento y la apagó. . . .

Los profesores, que no nacieron para esclavos y que debían dar con el ejemplo de la dignidad republicana la enseñanza más provechosa para lo porvenir, despreciaron al tirano y salieron de la Universidad con la conciencia del deber cumplido. ¡Fué entonces cuando la juventud exhaló una queja, y cuando á esa queja respondió el martirio! Las puertas del Panóptico, que deberían abrirse únicamente para la expiación del crimen, se abrieron para castigo de la virtud, del talento y del patriotismo de los jóvenes; y las puertas de la ilustración se cerraron para ellos. ¡ Ah! No sabía el tirano que esas víctimas de su furor salvaje, á quienes hería la vara del sargento, se aleccionaban en la prisión para marchar al combate á reconquistar con el rémington el imperio de la libertad.

Ni un rayo de luz alumbraba ya el horizonte de la República: el genio del mal lo había cubierto con sus pavorosas alas; por todas

partes oscuridad y sombras y sepulcral silencio. . . . Y el pueblo, el gran pueblo ecuatoriano ¿dónde está?; ¿se ha olvidado de sus pasadas glorias, ó ha inclinado la cerviz al yugo del tirano? No, mil veces no: de la nueva constitución existía siquiera el nombre y con ese nombre la ilusión de una esperanza. ¡Ilusión, señores, vana ilusión! Mientras el pueblo, respetuoso y obediente á la autoridad de la ley, esperaba que la aurora del diez de agosto de ochenta y dos viniese á disipar las tinieblas de la larga noche del despotismo, Veintemilla quería hacerla eterna y, rompiendo él mismo el aparente título de su poder injusto, levantó el oprobioso pendón de la dictadura para esclavizar la República con las cadenas trabajadas por cuatro mil esclavos en los cuarteles del crimen; ¡la dictadura, señores, pesando sobre el corazón de la Patria, hollando el suelo de la libertad y profanando las cenizas de mil mártires que la fecundaron con su sangre! Mas no: cuando el tirano salva todas las vallas de la ley, la tiranía está para acabarse y no tarda la hora bendita de la redención del pueblo. La Dictadura fué el grito de guerra que, salido de la tumba de la Patria, repitió el eco desde el Carchi al Macará. Suenan la hora solemne de la vindicta social; arde el pueblo en santa indignación; la justicia reclama los derechos de la libertad, y la libertad quiere triunfar por la justicia; en vano las bayonetas del déspota pretenden ahogar la voz del patriotismo; los partidos políticos, que antes peleaban con opuestas banderas, se unen y estrechan bajo un solo pabellón, el glorioso pabellón de la República, para despedazar juntos las cadenas que la oprimen y envilecen. ¡Guerra! grita la valerosa Esmeraldas, la primera en el combate. ¡Muerte ó libertad! responden los proscritos desde el Carchi. ¡Guerra! repite la heroica Imbabura. ¡Libertad, libertad! claman el Chimborazo y el Sangay; y desde el Macará truena el cañón de los patriotas. Se enardece la lid: la sangre se derrama en cien campos de batalla, y como cada soldado de la libertad vale más que un batallón de esclavos de la dictadura, en todas partes huyen desconcertados los esbirros y la Restauración sigue triunfante su camino de sacrificios y de glorias.

Mas faltaba á los héroes la mejor de las coronas, la del triunfo sobre las bayonetas de cerca de dos mil esclavos que en esta ilustre capital, defendidos por los muros de las casas y los templos, esperaban sonase la hora de la codiciada victoria para beber otra vez, en el festín de los asesinos, la sangre de los libres. Pero, en la mañana del día Diez de Enero, la hija predilecta del Pichincha es saludada con un cañonazo solemne, con el que se invocaron los manes de Bolívar y Sucre y de los mártires del Diez de Agosto, y esos manes que velaban por la libertad del pueblo, presenciaron, satisfechos y orgullosos, el más terrible combate y el más glorioso triunfo que registra nuestra historia.

¡Triunfo á la República y á la América republicana! ¡Gloria á sus héroes! ¡Gloria á la juventud que en las batallas de la libertad ha peleado siempre á la vanguardia! ¡Gloria á la juventud que, in-

transigente con el crimen, execró la traición y por premio recibió el martirio! ¡Gloria á la juventud estudiosa que en la prisión de un Panóptico aprendió los toques de la guerra para dar la señal del combate! ¡Gloria á la heroica juventud que en el ocho de enero preparó la victoria! ¡Gloria, en fin, y mil coronas para la tumba de los héroes que han sacrificado la vida por amor á la libertad!

Pero la grande obra de la Restauración no está completa, señores, pues falta una jornada: el Dictador, aunque agonizante, vive aún y sueña con el poder y las riquezas; y desde su última trinchera nos insulta todavía. ¡A Guayaquil, señores, á Guayaquil volemos en alas del patriotismo para arrancar de la garganta de ese noble pueblo las cadenas que le ahogan! Guiados al combate por los esclarecidos héroes de la Patria, no dudemos de la victoria: los vencedores de ayer serán los vencedores de mañana. ¡Un sacrificio más, y el sol de la libertad brillará con pura y vivificante luz en toda la República, y la Dictadura no volverá jamás á enlutar el suelo ecuatoriano!

El Dr. D. Carlos Casares, profesor de Derecho Civil, dijo:

Señores:

“Volvía de mi cuarto destierro, dice Víctor Hugo, al cantar la batalla de Sedán, (un destierro belga, poca cosa)... Yo estaba en la media luz del sueño interrumpido: las ideas indecisas y difusas flotaban aún soñolientas entre la realidad y yo; sentía el vago deslumbramiento del despertar... De pronto un viajero preguntó: ¿Qué sitio es éste? Otro contestó: Sedán. Yo me estremecí.... Aquel paraíso era un sepulcro.”

Privilegio de los grandes genios: expresan lo que sienten y quizá más de lo que sienten. De sentir, sentimos todos, aun los más pequeñuelos; pero la expresión, dote es de esos hombres extraordinarios que pasman y dominan las inteligencias y los corazones. Portento admirable, sus palabras se prestan aún á la expresión de atenciones contrapuestas: cuando hablan, la humanidad habla; y yo, gusanillo imperceptible, tomo las palabras de ese hombre luz, de ese que con su inteligencia y corazón ha fijado los dos polos del mundo de la verdad y de lo bello.

Vuelvo de mi destierro, digo también yo, de un destierro de la Universidad, suplicio atroz. Parece que el tiempo detiene su carrera en medio de este angusto recinto; lucho con la verdad; siento el vago deslumbramiento del despertar, y me pregunto: ¿En dónde me hallo?; ¿qué sitio es éste? La imponente y majestuosa voz del Diez de Enero, de este como viajero de los siglos, me responde “la Universidad”. Me estremezco. Aquí donde era un sepulcro, contemplo ahora un paraíso.

La Universidad es mi Patria, mi cara, mi adorada Patria.

proscrito, sí, señores, proscrito de este santuario, he cruzado tierra extraña largos, pesados siglos: tales me parecen los días trascurridos. La juventud es para mí el grato recuerdo del pasado, el delirio entusiasta del presente, la fundada esperanza del porvenir. En mis discípulos encuentro sabios, y pareceme que soy sabio, admiro héroes, y pareceme que soy héroe: cual jardinero que se aromatiza con el perfume de la flor que ha cultivado, así mi espíritu absorbe la ciencia y el heroísmo de mis alumnos. Estas ilusiones vivifican, fortalecen mi ser; y los tiranos que me han arrebatado el magisterio de la enseñanza, me han arrebatado estas ilusiones que son el encanto de mi vida, me han herido de muerte. En la enseñanza hay algo de la creación; se eleva el espíritu, se enoblece el corazón: inefables son las delicias que se sienten al recoger los frutos del trabajo intelectual.

¿Habéis, señores, hallado palabras para explicar los violentos latidos del corazón, los convulsivos movimientos del espíritu, cuando se divisan las playas del patrio suelo después de un ostracismo? ¡Ah! señores, vosotros sí las habréis hallado; mas yo no las hallé. Así, en este instante, siento embargada la voz, embarazadas mis facultades: el gozo, el sumo gozo como que paraliza las mismas afecciones, que conmueve y exalta.

Pero ¡ay! señores, no ocultemos un justo sentimiento. Hay vacíos que deplorar; algunos de nuestros coprofesores nos han dejado; sí, ellos, ellos nos han dejado. Abdicaron su propiedad por el hecho de prestar sus honorables servicios después de que se les intimó que la voluntad del Sátrapa era la de reducirnos á la condición de colonos; ellos nos han dejado; justicia se ha hecho, pero justicia dolorosa. No los juzgo como juez, siento su falta como compañero. Uno, sobre todo, me angustia el corazón, casi enluta mi espíritu. Profesor eminente, antiguo decano de la Facultad de Medicina, su aspecto solo revela al hombre de ciencia, al hombre de universidad, al sacerdote de Minerva. Está lejos de su templo, y me parece como que escucho estas, sentidas quejas:

Nos, pátricæ fines et dulcía línquimus arva;

Nos, pátriam fúgimus.

Ved, señores, los estragos de la arbitrariedad y despotismo, y apercibíos para el combate. La Patria no está aún libre; y mirad, el Supremo Gobierno ha consagrado su atención preferente á la reinstalación de la Universidad. La Justicia no ve aún terminada la decoración de su templo; pero la Ciencia está ya restituída á su soberbio alcázar. Con mano vigorosa ha clavado en el corazón de la juventud un pendón inamovible. Que la Universidad sea nuestra santa arca de salvación, llevémosla adelante en nuestros corazones adonde nos llame el peligro, y seremos invencibles como el pueblo escogido; muramos en su guarda si es preciso: nuestra sangre será manantial de bendición para las generaciones venideras.

El Señor Don Manuel María Pólit, profesor de Lengua y Literatura Francesa, dijo:

Excelentísimo Señor, Señores:

Grande y magnífico es el espectáculo que en este momento se presenta á mi vista: terminadas las fatigas de una primera campaña y antes de darse principio á otra quizá más cruda y dificultosa, cesa la agitación de las armas, hacen silencio el parche y el clarín; y los hombres que han empuñado las riendas del Estado, y los que gloriosamente blandieron la espada en defensa de la Patria, y los que siempre le dieron lustre con sus preclaros talentos, se reúnen hoy para volver á abrir á la juventud el santuario de la ciencia. ¡Día fausto y venturoso para la Universidad de Quito, cuyos destinos parecen estar íntimamente enlazados con los de la Patria!; pues, si ésta cae y desfallece, marchítase aquélla; reverdeciendo lozana tan luego como vuelven á la primera sus días de triunfo y esplendor.

¿Qué hemos visto, en efecto, señores? Receloso un tirano de las ideas que, saliendo de esta Universidad, circulaban doquiera como eléctrico fluido, y mantenían vigoroso en los pechos el patriotismo, expulsa á los maestros del saber, huella los sagrados fueros de la propiedad, persigue, encarcela, azota á los jóvenes que, en medio del más abyecto servilismo, osaron prorrumper en un grito de protesta y libertad; y este negro atentado contra la ciencia es como el preludio de la traición infame que, algunos meses después, hunde á la Patria en un abismo de ignominia.

Mas entonces, señores, como si la copa del crimen hubiese rebosado, suena la hora de la justicia divina, se levantan á una los pueblos todos de la República, y, como dice nuestro inspirado vate,
Nombre de libertad su pecho inflama,
Y de amor patrio la celeste llama
Prende en su corazón adormecido.

Entonces comienza una de las páginas más gloriosas de nuestros anales. En el Norte, patria de héroes, trábese la lucha entre los soldados de la libertad y los de la tiranía: uno contra diez, sin armas, sin recursos, sucumben varias veces y otras tantas se reorganizan; y ¡cosa extraña! después de cada descalabro, aparecen más bríos y decididos, y no paran hasta ver coronados su valor y constancia con la más espléndida victoria. ¡A ellos honor inmarchesible! Alzaron el primer grito, dieron el primer impulso, y conmovióse toda la República, y tambaleó en su trono la tiranía. La cadena que aherrojaba á la Patria, fué rompiéndose, eslabón por eslabón, en las jornadas de San Andrés, primer victoria, Chambo, terror de los tiranos, Alausí, Quero, Pisque, Guaranda, Babahoyo, últimos y ciertos golpes. Entonces, convocados por el genio de la Libertad, mensajero de la Providencia, concurren en Quito los ejércitos libertadores: el del Centro, que, como leve chispa convertida luego en voraz incendio, consumió los dineros, las armas y las numerosas hues-

tes de la tiranía; el del Sur, que imitó á los Diez Mil Griegos, pasando como ellos al través de mil peligros, como ellos venciendo, pero atacando en vez de retirarse; y en fin el del Norte, que, huracán violento, derribó el árbol de la tiranía, ya vacilante al recio golpe de robustos leñadores. Quedan aún las raíces y el leño destrozado del árbol maldito; mas, no lo dudéis, señores, con el auxilio de Dios, la bravura de nuestros soldados y el patriotismo de todos los ecuatorianos, pronto se despejará el terreno y se dará cima á la redención de la Patria.

Libre el Ecuador, debe empezar la era del progreso y la verdadera civilización; mas, para tan grande empresa, señores, no basta ya un esfuerzo momentáneo, uno como sacudimiento general del país: es menester que se introduzcan en él los elementos de civilización y progreso, que en él adquiramos todas virtudes cívicas, que en él surjan varones eminentes que le sirvan de guía, siendo su luz y gloria en la prosperidad, su amparo en la desgracia; y, obra tan insigne, sólo puede verificarse, educando á la juventud. La espada salva á las naciones en los casos extremos como el actual; sólo la educación de la juventud puede labrar su dicha, y darles fuerza, honor y duración.

¿Qué es la educación? Es, señores, la formación del hombre, tanto en su parte física como en la espiritual. El hombre nace débil é ignorante, nace inclinado al mal; ahora bien, la educación le toma en la cuna, preside al desarrollo de sus fuerzas corporales y al desenvolvimiento de su inteligencia, combate en su corazón los malos instintos, reprime la concupiscencia, y íntimamente siembra y cultiva en él todas las virtudes, plantas celestes que en la tierra producen las flores más bellas y los frutos más opimos. En tan grande y portentoso trabajo, participan los padres, la familia y la sociedad, el maestro y el sacerdote; y, si no se malogran sus afanes y desvelos, ¡cuán hermoso y sublime es el resultado de la educación! Engrandecida su inteligencia, el hombre llega á ser el verdadero rey de la naturaleza: escudriña sus arcanos, aprovecha sus fuerzas y disfruta de sus producciones; los árboles y plantas crecen bajo su cuidado, las alimañas reconocen su poderío, surcan las olas del océano sus infinitos bajeles; elévase en los aires, perfora los montes encumbrados y transmite doquiera sus ideas y voluntades, con la misma rapidez con que las concibió; en fin, dirige sus miradas al firmamento, donde contempla y sigue el curso de los astros: de esta manera, señores, el hombre se acerca á Dios, y de algún modo justifica el haber sido creado á su imagen. Y aun se aproximará más á la Divinidad, si, desarraigando de su corazón todo vicio y limpiándole de toda mancha, sólo da cabida en él á las altas aspiraciones, á los nobles y abnegados sentimientos, á las puras y sublimes virtudes, cuales son la honradez, el patriotismo, la caridad.

Hé aquí, señores, bosquejado en breves rasgos lo que puede ser el hombre formado por la educación, Sin duda que no todos llega-

rán á este punto, pero á todos les tocará algún rayo de este sol vivificador; cada uno se educará conforme á su esfera y condición social, y de este modo, ¿cómo no cumplirá cada cual con su destino en la tierra, cómo no será cada cual feliz?

Y siendo así, como dice Jovellanos, que la prosperidad pública no es otra cosa que la suma ó el resultado de las felicidades de los individuos del cuerpo social; al educarse todos los ecuatorianos, ¿cómo no ha de ser grande, próspero y feliz el Ecuador? Efectivamente, la educación es el único medio para que vaya desapareciendo poco á poco la desigualdad de las razas, fuente perenne de envidias, rencores, y trastornos sociales, y se establezca en su puesto la grande unidad nacional. Con la educación adecuada que le conviene, el agricultor perfeccionará sus métodos de cultivo y sacará tesoros inagotables del feraz suelo ecuatoriano; el comerciante, el industrial saldrán del carril de la rutina, y llevarán á cabo empresas que, aumentando sus propios caudales, engrandezcan asimismo á su Patria. Con la educación, tal como debe ser, á la par que el pueblo se enriquece, van morigerándose sus costumbres, disminuyen insensiblemente los crímenes, y asentándose en el corazón de cada uno el deseo de hacerse mejor y ser útil á sus semejantes, prosigue á pasos agigantados una nación por la senda de la felicidad y el verdadero progreso.

Por último, (y notadlo, señores, ésta es la cuestión de vida ó muerte para un pueblo), la educación es la que cría *hombres*, es decir hombres dignos de llamarse así. Desautorizada y débil es mi voz, y no me atreviera á hablaros sobre tan elevado asunto, si no repitiese las elocuentes frases del sucesor de Quintiliano y Rollín, del ilustre obispo de Orleans, Escuchadlas, señores, y meditad su profundo sentido:

“Por todas partes óyese decir: ¡ Los hombres faltan! ; ¿dónde están los hombres? Es el grito, la queja universal. . . .

“¿Qué buscan los pueblos, cuando temen un gran desastre? Buscan un hombre que los preserve de él.

“Cuando las naciones perecen en las convulsiones de la anarquía, ó caen en el abatimiento letárgico que es el sueño precursor de la muerte; al perecer, tan sólo saben repetir la palabra evangélica: ¡ Un hombre nos falta! ; no tenemos un hombre! : *Hominem non habeo.*”

Sin duda, señores, cuando un hombre ha de ser el salvador de un pueblo, Dios solo le suscita; pero es preciso que la educación le prepare á tan alta misión; es preciso que forme á los hombres que han de agruparse en torno de él, y contribuir con él á la salvación de la Patria.

Para las circunstancias ordinarias, necesitamos “hombres de bien, hombres de cabeza, hombres de fe, hombres de honor y valentía, hombres de genio”; y la educación es la única que nos los puede proporcionar.

A nadie se le pasan por alto las causas del mal que nos consu-

me, del cáncer que roe las entrañas de la Patria; la ignorancia, el ocio, el egoísmo, el envilecimiento, la corrupción de ideas y costumbres: éstos son los monstruos que la educación debe ahogar y destruir desde un principio. ¡Ah! señores; la ignorancia, que deja reducidos á tantos infelices casi al nivel de los brutos, ó si no, ocasiona la depravación de ideas, peligro inminente de las sociedades; pues, la educación sola podrá con su luz disipar esta caliginosa tiniebla. El ocio, padre de todos los vicios, y que, no permitiéndole al hombre entregarse al trabajo que da pan y honradez, le envilece y le deprime tanto que ya no se avergiienza de arrastrarse ante el más vil de los mortales, siquiera le desprecie y odie, y besarle la mano, con tal que le eche algún mendrugo de su mesa; el ocio, que despoja á la inteligencia de todo brillo, á la voluntad de toda firmeza; el ocio, sólo puede corregirse con los hábitos de diligencia que engendra la educación: ésta es la que forma varones de ánimo robusto é inquebrantable, al *jústum et tenácem propósiiti vírum*, que admiraba el poeta romano. En fin, señores, el egoísmo, aquel gusano que daña los mejores frutos, pues inficiona los más esclarecidos talentos é inutiliza á los hombres más conspicuos; ese enemigo de todo progreso, de toda acción grande, sólo muere á esfuerzos de la educación, pero de la educación verdadera, esto es, de aquella que al cultivo de la inteligencia une el del corazón, á las ciencias los principios religiosos.

Esta es precisamente, señores, la educación que ha de formar á los individuos y sociedades, impeler á la Patria por el camino del progreso y salvarla en los días de peligro. Por fortuna, y ¡bendigamos al Cielo! hasta aquí la educación que se reparte en nuestras escuelas, colegios y universidades, ha sido de esta especie. Pero apenas entramos en la vía: ¡qué poco es lo que se ha hecho, en comparación de lo que está por hacerse!

La tercera parte de los ecuatorianos, los infelices indios carecen por completo de toda educación. ¿Hasta cuándo, señores, y os lo digo en nombre de la Religión y la Patria, hasta cuándo quedarán sumidos estos desgraciados en semejante estado de abyección? Respecto al pueblo de nuestras ciudades y aldeas, no ha muchos años que empezó á dársele la primera enseñanza; pero reclama ya la secundaria y profesional. Y, en cuanto á la alta educación intelectual, ¿no os parece, señores, que debe ensancharse el campo? ¡Cuántos estudios que apenas saludamos! ¡Cuántas carreras que nos están del todo cerradas!

En este particular, hasta una época no muy remota, permaneció como estacionario el Ecuador. Después de la conquista de estos territorios por España, los únicos centros de instrucción fueron los conventos de Quito; luégo fundóse la Universidad, en la que, por cierto, se estudió bastante bien Teología y Jurisprudencia; de las letras, lo indispensable; de las ciencias físicas, matemáticas y naturales, nociones; no puede decirse que la Medicina en aquel entonces era ciencia. Sin embargo, sobresalieron, merced á sus propios es-

fuerzos, los Maldonados, Velazcos, Viescas, Espejos y Mejías. Durante la guerra de la Independencia, todas las fuerzas del país se absorbieron en ella. Vino el ilustre Don Vicente Rocafuerte y, en su demasado corta administración, mostróse entusiasta protector de la instrucción pública. Después de él casi nada se hizo, hasta que surgió entre nosotros un hombre (1) de aquellos que sólo de vez en cuando aparecen en un pueblo: inteligencia singular que abarcaba casi todos los ramos del saber humano, y, con una facilidad asombrosa de comprensión, investigaba las causas de los acontecimientos, juzgaba rectamente de las situaciones más intrincadas y discurría los medios más convenientes; elegante figura, mirada de fuego, aspecto majestuoso, cuerpo de hierro, valor indomable; voluntad que nunca retrocedió después de acometer alguna empresa, ni la acometió sin llevarla á feliz remate. Este hombre, á quien sus mismos enemigos tienen que admirar, se propuso ante todo la felicidad y adelanto de su Patria: empezó á gobernarla en una de las épocas más luctuosas, acosada por el extranjero y desgarrada por sus propios hijos, y la dejó en completa paz; pocos años le bastaron para abrir caminos, empezar un ferrocarril, construir edificios, organizar un ejército fuerte y moralizado; especialmente consagró sus desvelos á la educación de la juventud, pues fundó escuelas y colegios, creó un Conservatorio de Bellas Artes, mejoró esta Universidad, estableciendo en ella por primera vez la enseñanza de ciencias matemáticas y naturales. Galarón que ansioso apetece á era el llamarse protector de las ciencias, letras y artes en el Ecuador, título por cierto que la Historia imparcial no le negará. Y por eso, señores, su imagen parece aún como que preside esta asamblea. ¡Oh hombre grande, tu Patria algún día te hará cumplida justicia; aclamará tu nombre la posteridad y, en vista de tu acendrado patriotismo, de tu admirable desinterés, de tu constante anhelo por la educación de la juventud, te perdonará, sí, muchos errores y muchas faltas! . . .

Lo mismo, señores, ha de suceder con todo gobernante que de igual suerte fomenta la educación. A los gobiernos, pues, toca difundir, mejorar y conservar la educación de la juventud en todos sus ramos; á los profesores y maestros, inculcar en los ánimos juveniles los altos principios de nuestra divina Religión, el amor á la Patria, la abnegación y demás virtudes, junto con las ciencias que enseñan al hombre la verdad, las letras y las artes que le hacen entrever algo de esa belleza siempre antigua y siempre nueva.

A vosotros, jóvenes de la Universidad de Quito, á vosotros, pues, haceros beneméritos de la Patria. Ya la habéis defendido con las armas, mostrando una vez más al mundo, que no anduvo desacertado el simbolismo mitológico cuando armó á Minerva con peto, casco y refulgente lanza: á nuevo toque de llama-

(1) El Excmo. Sr. Dr. Gabriel García Moreno, cuyo retrato adorna el salón de la Universidad.

da, se os verá en el campo del honor, prontos á nuevos combates. Mas, entre tanto, ¡educaos para ser útiles á vuestros compatriotas; educaos para ser dignos de llamaros hombres; educaos para ser el brillo, fuerza y salvación de la Patria!

He dicho.

Tozóse con maestría el magnífico vals de E. Gregh, intitulado "La Inmensidad", repartido para orquesta por el Señor Don Aparicio Córdoba; y el Doctor Don Antonio Muñoz improvisó lo siguiente:

Excelentísimo Señor, Señor Rector, Señores Profesores y Señores:

El acto que hoy solemnizamos es de la mayor significación y de la más alta importancia social; pues dice á la ilustración de la juventud que es la genuina y positiva esperanza de la Patria.

La reinstalación, ó mejor dicho, la exhumación de esta antigua é ilustre Universidad es tanto más gloriosa, cuanto se halla asociada á los imperecederos nombres de los ínclitos caudillos que, con un puñado de valientes, han libertado nuestra amada Patria de la injustificable Dictadura.

Y, ¿cómo la han libertado? Realizando ese poético ideal del ilustre cantor del Paraíso perdido, que, en su poema épico, dijo:

“Pues, á lo que no llega la esperanza,
La desesperación talvez alcanza”.

En efecto: puso en tal desesperación la irritante Dictadura que, el pueblo republicano, sin otras armas que su irresistible valor para arrancarlas de manos enemigas y sin otros elementos que las mágicas palabras *Libertad y Orden*, ha obtenido triunfos espléndidos de Sur á Norte, de Oriente á Occidente.

¡Jóvenes, que habéis manejado el rifle con la misma serenidad y destreza que el libro, vuestro corazón está de fiesta, por la resurrección de esta Universidad! Yc, al congratularos, me permito deciros lo que dijo Filipo cuando Aristóteles fué á felicitarle por el nacimiento de su hijo el gran Alejandro: No me glorío tanto de tener un hijo sino de que éste ha de ser educado por Aristóteles. Así, os digo, no tanto os felicito por la restauración de esta Universidad, como porque tenéis ilustres y distinguidos profesores, que, con su saber y consagración á la enseñanza y vuestra constante aplicación al estudio, os conducirán al templo de la inmortalidad, donde seréis como otros tantos Fabricios, Régulos y Cincinatos.

El Coronel Señor Don Manuel Orejacla leyó el discurso que sigue:

Señores :

Perdonad que el santuario de la ciencia y el saber sea profanado con la palabra de un soldado. Empero, día es este de imperecedero recuerdo: las puertas del templo de Minerva se han abierto; sus sacerdotes han sido restituídos al ejercicio de su ministerio; ha-se cumplido la justicia divina; la sociedad está de gala; el gobierno satisfecho, y el ejército orgulloso, porque hoy comienza á cosechar el fruto de sus trabajos. El os saluda y felicita.

En día que debiera borrarse del libro del destino, el soldado más estúpido, ignorante y corrompido, con negra traición arrebató el poder público, y fuisteis ya en su mente el objetivo de su tenaz persecución y encarnizado odio: es que el despotismo no se aclimata sino donde ignorancia y corrupción imperan. Vosotros, caudillos del saber, teniais falanje poderosa que oponer al déspota: á la fuerza el derecho, al vicio la virtud, al absolutismo la libertad. Lucha porfiada hubisteis de emprender; y con vuestros soldados, esta porción escogida de la sociedad, emprendisteis una cruda campaña: la palabra, la tribuna, la prensa, armas poderosas, con que embestisteis de frente al despotismo que ganaba terreno. El tirano, astuto como villano y cobarde, alzó su mano sacrílega; fuisteis desalojados de vuestros puestos, fué arrebatada vuestra propiedad, y visteis aherrojar á la juventud en lóbregas prisiones donde era tratada con la férula de desapiadados esbirros. ¡Hiena feroz! Este crimen es de lesa humanidad; y por esto Dios ha permitido, como en castigo, que del aprendizaje hecho en sus cuarteles se sirvieran hoy con provecho, para luchar por la República y contra el malvado. Sí, señores, vuestra participación en la restauración de la República es inmensa: vosotros encendisteis el fuego santo del patriotismo en el corazón de la juventud, ennoblecisteis sus ideas, armasteis, en fin, sus brazos; sois, pues, los zapadores de la Restauración, los centinelas vigilantes de la Libertad.

Mas la jornada no se ha terminado aún: el chacal ha buscado por guarida la orgullosa y altiva Guayaquil. ¡Con su presencia está insultando á la patria de Olmedo, Rocafuerte y García Moreno! ¿Será que la justicia de la Providencia quiere que donde fué la cuna de la traición, sea talvez el teatro de expiación?... ¡Indudable! En todo caso el ejército, la Patria necesitan de vuestra cooperación. Seguid, egregios varones, cultivando la inteligencia y formando el corazón de vuestros discípulos, nutridlos con los dogmas republicanos; habladles de lo sagrado que es la Patria, lo noble, lo grandioso que es sacrificarse por ella; impulsadlos al combate; porque un joven, libre y republicano, en la lucha vale por un centenar de esclavos, y es prenda segura de victoria.

¡Oh vosotros, jóvenes que tanta gloria habéis dado á la Patria; vosotros, únicos héroes en la gloriosa jornada del inmortal Díez de

Enero, vuestra recompensa está en el deber cumplido, en la gratitud del pueblo y las bendiciones de la posteridad!: completad la obra comenzada; la juventud universitaria debe ir hasta las orillas del Guayas, para que el malhechor, el sacrilego sufra su merecido castigo: ¡instrumentos sois de la justicia divina, cumplid esta misión!... Y después, . . . ¡que á las persecuciones, cadenas, destierros, lágrimas, sangre, . . . se sustituyan las garantías, la paz, el progreso, la sacrosanta libertad, la concordia de hermanos!

He dicho.



El Señor Don Carlos Pérez Quiñones leyó:

Señores :

Después de muchos meses de atormentar el espíritu con planes de conspiración contra el General Veintemilla y el corazón con las profundas desgracias que me han sobrevenido, no extrañaréis que el círculo de mis ideas se haya restringido algún tanto, y que el alma encuentre trabas que le impidan volar con alas de oro por los infinitos espacios que la solemnidad de hoy día le presenta. Estas consideraciones me disculpan, vuestra indulgencia me alienta, y el deseo de complacer á mis compañeros de lucha me ha puesto, aun que temblando de emoción, de pie en esta tribuna. Seré corto, muy corto; tanto por no fatigar vuestra atención, como para dar espacio á los que con más títulos que yo, quieran ocupar este puesto y deleitarnos con las galas de la elocuencia.

Sin presunción, señores, se puede decir, que la Universidad de Quito ha reducido á polvo la Dictadura de seis años que el Ecuador ha sufrido. El día mismo que se instaló, el año de 1878, presentóse como los atenienses figuraban á la Sabiduría, esto es, Minerva en la austeridad y el saber, Pallas en el arreo. Saltó á la arena, armada de punta en blanco para la lucha, y torrentes de lava ardiendo corrieron de los labios de los que entonces pronunciaron sus discursos. Cada uno fué una "Catilinaria" contra el oscurantista que, para castigo nuestro, nos mandaba. La Nación enervada no había oído gritos más desesperados, protestas más audaces, arranques de furor más fulminantes, que los que estallaban en esta misma tribuna que ahora ocupo, y que repercutiendo en los salones de palacio, se quebraban en la cabeza entorpecida del Dictador. Dos años, no completos, duraron nuestras tareas; dos años de terribles debates, de turbulentas escenas, de hazañas admirables realizadas por la inteligencia en la arena candente de las discusiones que á pechos habíamos tomado. En esos dos años no hubo día que no discutamos, que no censuremos lo que el Gobierno inepto de Veintemilla hacía y decretaba, concluyendo por reinos de él con carcajadas volterianas. Política, Economía, Le-

gislación, Derecho Internacional; cuantos son los ramos que componen las complicadas materias públicas, pasaban por las horcas caudinas de nuestras aulas, llevando la marca ardiente de nuestra censura. En ese gimnasio de la inteligencia, las fuerzas se iban aumentando prodigiosamente. Mas el déspota, que al principio nos había visto con fingida indiferencia, empezó á temblar, y á mirarnos con miedo, como á enemigos formidables. Más de una vez sus ministros, acosados por todas partes, pulverizadas sus argucias, mudos y despechados, salieron de aquí derrotados y confundidos. Esa lucha fué mucho más gloriosa, más constante, más porfiada, que la sostenida por la Nación desde el 26 de marzo. Cayó la Universidad bajo el peso de sus glorias: Veintemilla bailó sobre las ruinas, tomó en las manos las cenizas del santuario del saber, y las aventó al cielo; empero, las cenizas le cayeron en los ojos y le cegaron miserablemente!

Los estudiantes no retrocedieron: sordamente iban minando los cimientos de un edificio de iniquidad para que luego se desplomase por su propio peso. Así ha sucedido. Ni profesores, ni escolares se han dado un punto de reposo. Para que Veintemilla entendiera que no tenía razón, era necesaria la brutal elocuencia de las bayonetas. Pues con ellas le hemos metido por los ojos la protesta de que no queríamos vivir esclavos. ¡Y ya parece que se va convenciendo!

Sigan los maestros el camino empezado; háganse dignos de la confianza que la sociedad ha depositado en ellos, al poner en sus manos la delicada tarea de educar jóvenes que lleguen á ser honra y gloria de la Patria; pónganse, en fin, á la altura del siglo XIX. No las exageraciones de unos, no el retroceso á la edad media de otros. La época á que hemos alcanzado es la del escepticismo y de la duda. Caminamos á tientas en oscuro sendero hacia una región desconocida y, por tanto, es menester llevar muy encendidas la antorcha de la razón y la de la fe para no ir á dar en precipicios insondables. La tempestad que agita nuestra mente en esas negras horas de insomnio, en que principios encontrados se dan combate en los misteriosos abismos de la inteligencia humana, pueden producir borrascas y naufragios horrorosos. ¡Luz, más luz!, decía el autor del Fausto en los estertores de la agonía; ¡luz, más luz necesitamos nosotros!

Si bien la oposición al infamante sistema de Veintemilla, por los que componían la Universidad, no se ha interrumpido un día; las tareas científicas y literarias han estado paralizadas dos años y medio con grave daño de los jóvenes estudiosos y el bienestar de la comunidad entera. Los profesores deben pasar por alto ese triste vacío y empezar sus lecciones con las palabras de Fray Luis de León, "decíamos ayer"; cuando después de duro é injusto encierro de cinco años, tornó á proseguir sus lecciones de Teología.

La Universidad se levanta ahora más gloriosa y brillante que nunca: Quite volverá á ser "Luz de América".

He dicho.



El Señor Don Juan R. Orejuela leyó:

Señores:

Tras largos días de opresión y de infortunios, volvemos á respirar en el suelo de la Patria el aire vivificante de la libertad, y podemos regocijarnos en esta fiesta, con que la ciencia viene á coronar la más esplendida de las victorias que puede un pueblo registrar en sus anales. Sí, señores; la solemne reinstalación de la Universidad es la más brillante flor de la corona del Diez de Enero; es la noble bofetada que la República triunfante da á la Dictadura caída, á esa Dictadura que tantas lágrimas, tanta sangre ha costado á la Nación: Dictadura personificada en el hombre funesto, cuya dominación ha pesado sobre la Patria con toda la fealdad del crimen, cuyo paso por la historia será señalado por las huellas que han dejado sus vicios y su corrupción.

Veintemilla, en los arrebatos de su insaciable codicia, ultrajó lo más grande, degradó lo más noble, corrompió lo más puro. Para cimentar bien su imperio, corrompió al soldado, dejando impunes los delitos, fomentando la licencia para halagar las pasiones de esa clase, á la que por desgracia el uniforme convierte en ser pasivo; pretendió corromper al pueblo, proporcionándole diversiones bárbaras, prohibidas por leyes sensatas, y propagando la embriaguez con el ejemplo; corrompió la administración, convirtiendo á los empleados en cómplices y encubridores de sus robos; escandalizó á la sociedad con sus desvergonzadas orgías y cínicos latrocinios. Y, para llevar á termino su obra de desmoralización y de trastorno, irritado al ver que la juventud educada bajo los rígidos principios de la moral y del deber tronaba contra el escándalo, echaba lodo sobre la frente del crimen, afeaba los delitos y se burlaba de la ignorancia del presuntuoso usurpador, dió un golpe de muerte al establecimiento en donde la juventud aprendía las máximas del bien; arrebató la propiedad de los dignos y honorables profesores que enseñaban al joven el camino del honor; colocó en los puestos de aquéllos á hombres ignorantes, vendidos á sus miras, personajes de sueldo; y, para que nada faltase á la obra de la iniquidad, encarceló, azotó, y pretendió escarnecer á esa juventud lucida, que supo llevar dignamente hasta el martirio la consecuencia de su republicanismo.

Empero la juventud nunca jamás doblegó la frente ante el verdugo. Y, ¡misterios de la Providencia, señores!, esa juventud, que en masa fué conducida al lugar destinado á la expiación del crimen; esa juventud, á la que por degradación se hizo vestir el tosco uniforme del soldado, retempló su alma en las prisiones; halagó su oído con el eco sonoro del clarín, se aficionó al sencillo manejo del rémington, y más tarde salió á dar al Dictador y á sus esbirros, en los campos de batalla, una noble y heroica lección del aprendizaje que hizo bajo la presión del

látigo; arrinconó los libros, olvidó los halagos de la vida de estudiante, prefirió la estación del campamento; y vosotros, como yo, la visteis altiva, orgullosa y patriota, el Ocho y Diez de Enero.

Perdonad, señores, si he tenido que recordar en bosquejo la época luctuosa en que mi Patria gemía bajo la bota del más insolente y estúpido de los tiranos. ¡Cómo quisiera sustraer á la historia esa época de vergüenza y de ignominia, de libertinaje y degradación!

Hoy ha llegado el tiempo de la reivindicación; y al compás del himno de la Patria, en medio del entusiasmo de un pueblo vencedor, vuelve la juventud á sentarse en los bancos del orden y la moral; hoy se despliega ante sus ojos el inmenso horizonte de la libertad, y con seguro pie entra de nuevo en el vasto campo que al talento y á la aplicación abre la justicia.

Noble, valiente y escogida porción de mi querida Patria, en vuestras manos está el porvenir: seguid la senda que guía el bien. Nuestros profesores nos enseñarán los principios que hacen la felicidad de las naciones; nuestra conciencia, formada en la escuela del deber, nos guiará por el camino de la equidad; y más tarde la historia hará justicia á vosotros, porque supisteis ser dignos, porque supisteis sufrir sin abatidos y porque habéis sido valerosos defensores de la libertad.

He dicho.

Cantóse entonces el Coro Triunfal de A. Moriconi, letra del R. P. Teódulo Vargas, S. J.; y el Señor Don Angel Polibio Chaves pronunció la siguiente poesia:

Salí llorando del nativo suelo,
Por la mano del Déspota impelido,
Y aun cuando al riego de mi triste llanto
Crecer ví flores en ajeno suelo,
Entre ellas no creció la flor de olvido.
Era imposible, pues te amaba tanto,
Patria de mis ensueños de ventura,
Centro de amor que todo bien encierras,
Donde es vulgar lo bello de otras tierras
Por el brillante exceso de hermosura.
Aquí, bajo tus palmas y alcanfores,
Se duermen las virtudes,
Mezcladas con dulcísimos amores.
Eres joven, y reina, y soberana;
Te viste el sol, te obsequia la mañana,
Y confiesa la tarde que enamoras.
A tus plantas peana es la riqueza,
Y entre cerco de luces brilladoras,
La diva Cruz decora tu cabeza.

¡Qué importan tus cadenas de un minuto,
Que te haya herido un báquico tirano;
Si la desgracia recibió tributo,
Del persa, el africano,
Y levantó las gradas de su solio
Con las ruinas del magno Capitolio?

Si unos hijos te hieren,
Otros te aman y adoran,
Tu bien perdido, tus ofensas lloran;
Se alzan, y alegres por vengarte mueron.
Maldito el que no sienta tus afrentas,
Y tu beldad no adore:
Ese ingrato tus auras no respire,
Abandonado llore,
Y, sin poder tornar, por tí delire.
Que quien no ama la Patria es su verdugo,
Arráncale sus joyas avariento,
Ambiciona hasta su último mendrugo,
Y quiere ahogar también su pensamiento.

Por eso el parricida,
Odiando á la beldad que dióle vida,
Por mejor despojarlo, aunque él bastaba,
Con risa y sin espanto,
Introdujo á su alcázar bandoleros,
Hizo burla del llanto
Con que piedad en vano demandaba,
Puso veneno en el celeste vino
Para herir al pastor en el santuario,
Dió premios al puñal del asesino;
Y en indigno suplicio, en el Calvario,
Dejó las libertades
Para escarnio y baldón de las edades.
Por iracundos celos
De la patria tomó á los pequeñuelos,
Por afrenta grabóles sello inmundo;
Mas, ¡oh virtud, prodigio sin segundo!,
¡Como soles fulgentes,
Rayos brotaron sus serenas frentes!...
Con ciencia adulterada,
Poniendo almíbar en pezón postizo,
Llamó á la juventud; pero ella airada
Antes el hambre que esa ciencia quiso.

Hoy es el nuevo día,
Después de noche larga;
Llenas están las copas de ambrosía

Que ha poco rebosaban hiel amarga.
¿Es cierto que vencimos,
Que libertad tomamos por despojos?
Escucho atento á ver si no gemimos,
Con la mano restrégome los ojos;
Y haya salido, juzgo por delirio,
Con vida la Nación de su martirio.

Pero ¿es verdad, no sueño, estoy despierto?
Escucho, miro, raciocino; . . . es cierto:
Con mano generosa
Abre el Gobierno que se ha dado el pueblo
De este Plantel de luz la puerta mohosa;
Y hace al revés de lo que hacía el romano
Con el templo simbólico de Jano.

¡Oh sublime espectáculo de un pueblo
Del cual la juventud al vicio ajena
Tiene el arma cargada, el libro abierto;
Combate como estudia fervorosa,
Y cual estudia vence generosa!
Y esto no viendo, sin moverse á pena,
“El Ecuador ha muerto”
Con desprecio dijeron las naciones.
Razón movió su lengua;
Mas, vivir sin peligros casi es mengua;
Vencer la muerte es sin igual victoria:
Vivir no lo es, resucitar es gloria.

Pero es la libertad planta preciosa
Que así el calor la daña, cual la escarcha;
Es virgen pudorosa
Que tiembla, se horroriza,
Si encuentra centinelas en su marcha.
Quien la respeta, más la diviniza;
Y al recibir insultos en el suelo,
Mueve las alas y se torna al cielo.

Si queremos su culto acá en la tierra,
Hijos del Ecuador, desde hoy marchemos
Sólo por sus banderas á la guerra;
Tengamos por deber la tolerancia;
Para el poder acábense los nombres;
Se mire la aptitud, nunca los hombres;
Todos á la distancia
Dobleguen la rodilla á la conciencia;
Impere la palabra en todas partes;
Presida todo con honor la ciencia;

Brillen con el estímulo las artes;
Y cual hoy día, ¡siempre
Que salgan de este templo,
Para orgullo y ejemplo,
Cual de nido imperial los aguiluchos,
Estudiantes que al ver la tiranía
Rompen el libro para hacer cartuchos;
Soldados, que en la paz, con alegría
Olvidan la victoria,
Y sólo buscan en las ciencias gloria!



El Teniente Coronel Doctor Manuel Nicolás Arízaga dijo:

Excelentísimo Señor, Señores :

No puedo disimular el entusiasmo que me domina en tan solemnes circunstancias como las presentes, así como tampoco me es posible expresar las diversas sensaciones que agitan mi alma adoradora de la Patria y de la civilización. Sírvame esto de disculpa para que excuséis la audacia que hace resonar mi desautorizada voz en este histórico recinto, en donde han lucido los más preclaros ingenios de la República, en donde me rodea tan distinguido concurso, y en el cual habéis oído ahora la elocuente y patriótica palabra de ínclitos varones.

Las puertas de la célebre Universidad de Quito, cerradas por la torpe mano del “Sardanápalo de Setiembre”, guiada por el fiero instinto que le hacía aborrecer todo lo bueno, todo lo noble, acaban de ser abiertas, á vuestra presencia, por el influjo civilizador de los dignos hijos de la Patria que se han agrupado bajo el lábaro santo de la Restauración, para derrocar la ominosa tiranía de los últimos siete años, é implantar en la Nación el orden, la libertad y el progreso.

Los déspotas necesitan para su afianzamiento y perpetuidad el vil apoyo de la ignorancia y la corrupción; y, hé ahí, señores, por qué Veintemilla, al mismo tiempo que destruía el santuario de las ciencias, esta ilustre Universidad, y poblaba con sus respetables miembros inmundas mazmorras y los desiertos de playas extranjeras, centuplicaba los cuarteles, esas cloacas sociales, cuando no son defensores del derecho: y levantaba del polvo á los peores, para formar su gazapina, con negro séquito de iniquidades.

La libertad de los pueblos, la república práctica, han menester de luces, inteligencia y virtudes cívicas; y he ahí también, señores, por qué el gobierno de la Restauración, entre el humo del combate que no se disipa todavía, como una de sus primeras atenciones, ha resucitado este nuevo Lázaro, víctima de la lepra que le contaminara el alma del Tirano, ha levantado de las sombras esta noble Cor-

poración que es foco de luz civilizadora....

Ni podía ser de otro modo, señores, si los héroes que han derrocado la Dictadura del Gran Capitán, son lo más granado del talento y de la ilustración; son casi todos campeones universitarios. Allí están Salazar, gloria militar y literaria, no sólo del Ecuador, sino aun de la América del Sur; allí Sarasti, Lizarzaburu, Aguirre, Estupiñán, Orejuela, Sánchez, Dillon, Ullauri, Chaves, Mosquera, y otros ciento, y esa hermosa pléyade de jóvenes intrépidos que, arrojados de estos bancos, aprendieron á trocar el libro con el rifle, para defender la sacrosanta causa de nuestra segunda independencia. ¡Vosotros les habéis admirado, señores, caer como deshecha tempestad sobre las huestes del Traidor y arrollarlas, romper las cadenas del pueblo, rasgar las sombras de la esclavitud y alumbrar el brumoso cielo de la Patria con el espléndido sol del Diez de Enero!...

Ni podía ser de otro modo, si el Gobierno que se ha dado la voluntad soberana del pueblo está compuesto del ilustre Cordero, Mecenas de la juventud ecuatoriana, de Espinosa y Herrera, sabios estadistas, y de Guerrero y Pérez patriotas inmaculados; si el Quinquvirato de hoy es antípoda de la Dictadura de ayer; si al primero le presta su claridad el mediodía, y á la segunda le daban su pavor las sombras del averno.

Bendígamos, pues, al Cielo, señores, porque tras de tan larga y tormentosa noche han vuelto á colorear nuestro horizonte los albores de la libertad y el progreso; y al hacerlo, consagremos votos de sinceras gracias al Excelentísimo Gobierno Provisional por el magnífico acto que celebramos ahora, llenos de entusiasmo y de placer. Además, procuremos que la Universidad sea siempre un verdadero germen de luz que despida rayos bienhechores por todos los círculos sociales, trabajando con el noble objeto de hacer del antiguo *bajalato* del Ecuador una república floreciente y libre, para la cual dicho nombre no sea sólo doloroso sarcasmo.

Por otra parte, cuando llegue la hora del postrer sacrificio, y el estampido del cañón nos convoque nueva vez para el combate; jóvenes de la Universidad, sed como antes, los primeros en la abnegación y el denuedo, y escribid la última lección que deben aprender los déspotas que traten de levantarse en la hermosa nación libertada con la sangre de mil mártires ilustres.

Para concluir, permitid, señores, que el último de los soldados con muceta, os invite á exclamar:

¡Viva la república!

¡Vivan los guerreros universitarios!

He dicho.

El Señor Don Leonidas Pallares Arteta leyó la siguiente composición :

A LA JUVENTUD.

¡ Juventud de mi Patria idolatrada,
Orgullosa levanta tu cabeza
Y dirige á su suelo la mirada,
Para imitar su pompa y su grandeza !
¡ Ecuador, Ecuador, hijo querido
Del Padre de los Incas, rey del día,
Que en luminoso abrazo
Con majestad se aduerme en tu regazo !
Tus costas baña, henchido
De orgullo y de alegría,
El Pacífico mar, el mar gigante,
A quien rinde altanero
Su encrespada cervice el ronco Atlante,
Que de Colón las naves vió el primero.
Tus campos fertiliza el Amazonas,
Ese Tritón inmenso de la tierra
Que altivo cruza por opuestas zonas,
Buscando los lejanos horizontes
Para contar al mundo
Las riquezas que encierra
Tu hermoso seno, sin rival fecundo.
Diamante singular de la corona
Que engalana del mundo la cabeza,
Ostenta el Chimborazo su belleza:
Ese atalaya de la ardiente zona,
A quien primero el sol su rayo envía
Porque del mundo el porvenir le cuente,
Cuando alza altivo la nevada frente
Al sentir las caricias de la aurora,
Pretendiendo en su anhelo
Traspasar el azul del alto cielo;
Como el hombre atrevido á quien devora
Insaciable ambición se alza orgulloso,
Del mundo soberano,
A penetrar el insondable arcano
Del Hacedor del mundo, poderoso.
Es tuya, Patria mía,
La montaña magnífica que ostenta
Por pedestal la estatua de Bolívar,
El titán invencible de tu historia,
Que se alzó á redimirte de tu afrenta,
Con recuerdos de un Dios en su memoria,
El pendón de la América en su mano

Y á sus plantas vencida la Victoria.
Nuevo Colón, el pensamiento humano
Le debe un continente
Que entre las sombras encontró oprimido,
Y lo volvió á la luz, independiente,
A la luz inmortal donde ha nacido.

Tu sol, tus adalides, tus hazañas,
Tu Océano, tus ríos, tus montañas,
Cuanto circunda tu bendito suelo,
Tus mares y tu cielo,
Cuanto brota de tí, todo es gigante
Esplendoroso y regio, Patria mía:
El sol que tuvo en tu recinto un templo,
El Pacífico mar, y el Chimborazo,
Y Amazonas audaz, todo es ejemplo,
Madre, de inmensidad en tu regazo.
Y grande fué tu juventud valiente
Que ayer no más se levantó anhelosa
A humillar la cerviz de tu tirano,
Proclamando orgullosa
La redención del pueblo ecuatoriano,
Los derechos del hombre soberano
Que la razón espléndida promulga,
Cuando su soplo libertad encarna
Para formar el corazón de Francia.

¡Juventud, juventud, que con bravura
Sepultar has sabido
El fantasma de negra Dictadura,
Fruto de la ambición y la arrogancia
De un imbécil tirano degradante,
A quien hasta las balas despreciaron
Porque, hijas de la ciencia, desdeñaron
El pecho de Heliogábalo ignorante;
Del que quiso en el lado verte hundida
Para extender de sombras su reinado
En un pueblo sin luz y degradado;....
Sigue con frente erguida
Por la inmortal carrera de tu gloria,
Y en las alas del genio y la victoria
Los hechos lleva de tu fama grande,
Para ejemplo de libres, sin segundo,
De nación en nación, de clima en clima;
Como el cóndor del Ande
Que en infinito anhelo
Cruza veloz la inmensidad del mundo
Y los brillantes ámbitos del cielo!

¡Juventud de mi patria!, á tí confía
Su porvenir el Ecuador triunfante
Para que pronto un día
Libre y feliz y respetado sea;
Trabajo, ciencia, unión, sobre su peso
El Capitolio apoyen del Progreso.
No olvide tu memoria un solo instante
De Patria y Libertad la santa idea...
Tuyo es el porvenir. ¡Sigue adelante!

El Señor Don Eduardo Pérez Chiriboga dijo:

Señores:

Rotas las leyes, perdida la obediencia, hemos visto á nuestra Patria ultrajada por unos pocos hijos desnaturalizados: madre amorosa, dió gritos de dolor que inmediatamente encontraron eco entre sus buenos hijos. Para los talleres, ciérranse universidades; los estudiantes se convierten en soldados; y la guerra, ciega, moviendo cien brazos, á todos alcanza, á todos hace daño, amigos y enemigos. ¡Ay de vosotros los que la habéis hecho indispensable! ¡Desdichado de aquel que hace gemir á su madre!

Justum est bellum quibus necessarium: justa es la guerra cuando es necesaria. Jóvenes que la habéis empezado con tan buenos auspicios, llevadla á cabo enhorabuena; pero hacedlo de modo que detrás del guerrero se vea al filósofo, detrás del valor la prudencia, la pluma detrás de la espada. Los antiguos supieron hermanar admirablemente la sabiduría y la guerra en la creación de esa hermosa deidad que llamamos Minerva: doncella armada, hermosa, sabia y prudente, que salida del cerebro de Júpiter pasó inmediatamente á tomar su asiento inmortal en el Olimpo. Es la madre de las ciencias y de las artes. Cuando armada de la égida, arruga la frente y treme la lanza, recibe el nombre de Palas. Auriga de Marte, suele dirigir sus caballos, dando así á entender que en la lid de nada sirve el valor, si no va acompañado de la prudencia y el saber. Esta alegoría significa que la idea de asociar el valor á la prudencia, la guerra á la sabiduría, la fuerza á la inteligencia, no pudo tener su origen sino en la cabeza del padre de los dioses. Jóvenes, ¿queréis salvar á la Patria?; estudiad, escribid, medita: éste es el modo. Y hoy que la ciencia nos abre su templo, sacad de vuestra corona un ramo de laurel y convertidlo en pluma bien cortada. Permitidme, señores, que termine este rasgo de entusiasmo con un hermoso soneto del lírico hispano, que me parece muy á propósito en las circunstancias presentes.

¡Los tiempos son de lucha! ¿Quién concibe
El ocio muelle en nuestra edad inquieta?
En medio de la lid canta el poeta,

El tribuno perora, el sabio escribe.

Nadie el golpe que da ni el que recibe
Siente, á medida que el peligro aprieta:
Desplómase vencido el fuerte atleta
Y otro al recio combate se apercibe.

La ciega multitud se precipita,
Invade el campo, avanza alborotada
Con el sordo runor de la marea.

Y son, en el furor que nos agita,
Trueno y rayo la voz; el arte, espada;
La ciencia, ariete; tempestad, la idea.

— :: —

El Señor Don José Ricardo Carrión leyó:

Permitid, señores, que el último de vosotros ocupe este lugar sin ningún derecho, porque hay sentimientos que no puede dominar el corazón. En los umbrales de la vida, sin capacidad ni dotes para cautivar vuestra mente, mis palabras, nacidas desde lo más hondo del pecho, hablarán sólo á vuestro corazón. Hijos de una misma causa, soldados de una misma idea, no dudo, señores, que vosotros sabiéndome comprender me sabréis disculpar también.

Sobre la patria de los Montúfares, Salinas, Corderos y Mejías, un mísero tirano se levantó un día desde la ciudad que bañan las cristalinas ondas del caudaloso Guayas, y el pueblo que cincuenta y tres años antes lanzara el primer grito de libertad ante un mundo esclavizado, gimió en breve al fiero yugo del más estúpido de los tiranos. Encarnación del egoísmo, en su venganza, levantó sobre la Patria infamante castigo, para arrancar con él, más que la existencia, señores, la esperauza. Sacerdote del crimen, sirviéronle de escala los cadáveres de dos mil víctimas para subir al poder; juguete de una ambición sin nombre y sin ejemplo, buscó la oscuridad para mandar, la ignorancia por apoyo, el interés por móvil, la audacia por medio; y en su loca insensatez, quiso alejar del seno de un pueblo libre á los que, siendo demasiado nobles para no temerle, fueron demasiado grandes para no abajarse.

¡La juventud, aquella edad, señores, que no se doblega ante ningún tirano; aquella edad pura, noble y desinteresada; esta juventud, grande por su destino y sus desgracias, sublime por su valor, y noble por su talento, fué el objeto de su odio y su venganza!

¡La Universidad, donde venían á buscar ciencia y porvenir los desheredados de la suerte, saber y gloria los favoritos de la fortuna; este plantel, señores, mágico jardín de un pueblo desgraciado, única estrella del cielo de la Patria, desapareció en breve entre las

oscuras combinaciones de una política mezquina y artera! Fatídica prisión ó despótica venganza merecieron aquellos que no supieron doblegar humilde la frente, ó que lanzaron contra ella, el anatema de un pueblo que, como el Ecuador, señores, se siente demasiado grande para ser esclavo.

Es á vosotros, jóvenes, dignos hijos de la heroica Quito, á quienes arrebató dos años de noble estudio, robando así dos laureles más á la corona de vuestros triunfos. Sí, á vosotros, en cuya frente resplandece la aureola del genio, os quitó el derecho de ser sabios.

Es á vosotros, profesores, á quienes arrancó los más nobles y sagrados derechos, comprados con largas horas de estudio y meditación. . . Empero, señores, los pueblos no han nacido para ser esclavos, ni el patrimonio de una familia. La hora de la redención había sonado en el reloj del destino: desde el oscuro rincón de una heroica provincia, un hombre, sin armas ni soldados, nuevo Bolívar, lanza el grito de libertad. A su vez desde las lejanas comarcas del Macará, prosiguiendo la historia inmortal de sus padres, doctos y audaces guerreros llaman á los pueblos á encarnizada lucha. El Norte lanza á sus hijos, constantes adalides de la Libertad, héroes que dignamente pudieran figurar en una epopeya de Homero. A su voz, la juventud ecuatoriana acude, sin exigir otro privilegio que el derecho de ser héroes, y la esperanza de morir por la Patria.

¡Manes de los mártires que sacrificasteis en aras de la Patria vuestra existencia, en la espléndida mañana de la vida, estáis ya premiados! Las lágrimas que riegan vuestras tumbas son las ofrendas que un pueblo agradecido hace en memoria de vuestro sacrificio. Libre y feliz, el Ecuador bendice vuestro heroísmo.

Y vosotros, soldados del porvenir, justo orgullo de la Patria, poned una rama de laurel sobre sus sepulcros: con su sangre ellos abrieron las puertas del porvenir. Jóvenes, el sol de la esperanza ilumina mágico y risueño la senda que empezáis á recorrer, y la Patria después de haber confiado á vuestro heroísmo el dulce derecho de defenderla, impone á vuestros talentos la sagrada obligación de enaltecerla. De nuevo esta Universidad, santuario de la ciencia, se abre á vuestras esperanzas é ilusiones. No os arredren los sacrificios y privaciones que tengáis que llevar á cabo. Las espinas del camino de la ciencia se convierten después en flores de inmarcesible gloria. ¡Sólo el dolor, oh jóvenes, sabe hacer grandes á los hombres!

Señores profesores, vosotros que, incólumes y tranquilos, habéis sufrido el rudo golpe de injusta proscripción, y que olvidando vuestros pesares y desengaños, volvéis de nuevo á formar el corazón de la juventud con los frutos de vuestro estudio y experiencia; en nombre de ella, recibid un voto de agradecimiento, por el órgano de quien, siendo el último en comprenderos, es el primero en admiraros.

Y vosotros, los que habéis dado pasos de gigante en la magna

obra de libertar al pueblo ecuatoriano; vosotros, que intrépidos y serenos, nabéis tenido, en el momento del peligro, palabras de aliento para vuestros soldados... ¡adelante! La libertad de la Patria no está consumada. Hay todavía un nuevo San Mateo para vuestro heroísmo, nuevo Junín para vuestra bravura, nuevo Diez de Enero para vuestra gloria. Mas en el camino de triunfos que la Providencia os ha señalado, recordad (permitidme decíroslo) que la juventud debe ser siempre el objeto de los esfuerzos de un Gobierno justiciero y leal, que ella sabe guardar invulnerable su honra y sus derechos, y no olvidéis, señores, que sólo son grandes los pueblos que saben ser libres, y que sólo son libres los pueblos que saben ser unidos.

He dicho.

Discurso del Señor Don Adolfo Baquero Montaña.

Señores:

La libertad es el ideal divino del hombre; es el primer pensamiento de la juventud, y éste no se desvanece en nuestra alma sino cuando el corazón se marchita y el espíritu se envilece y acobarda. No hay una alma joven que no sea republicana; no hay un corazón gastado que no sea servil.

LAMARTINE.

La reinstalación de la Universidad Central del Ecuador es un acontecimiento fausto y grandioso. Con razón, pues, hoy late de entusiasmo el corazón, la mente se ilumina, el pecho se abre á la esperanza y el pensamiento columbra á los lejos horizontes llenos de luz y hermosura.

“V¡ la luz y la amé: ¡cuánta alegría
En la estupenda creación derrama!”

Sí, hoy que la Nación se ha levantado como un solo hombre para derrocar y hundir en el cfeno de la infamia la dominación más ruda que ha podido pesar sobre nosotros, de esperar es que vuelva á amanecer la razón bajo el brillante cielo del Ecuador; y que nuestros gobernantes sabrán comprender que, si es una de nuestras necesidades consolidar los verdaderos principios de la República, lo es igualmente la de amplificar y dilatar la esfera de la enseñanza en los variados ramos del saber humano.

Los elementos primordiales y constitutivos del bien y perfección de la sociedad son moralidad, ilustración y riqueza; y si logramos alcanzarlas, habremos realizado el ideal que llamamos felicidad, en cuanto es posible obtenerla aquí en la tierra. Mientras los legisladores y gobernantes se desvivan por la propagación de las luces entre todas las clases sociales, serán sabios y grandes. Sólo es acertado piloto el marino que puede señalar con el dedo la es-

trella que ilumina el polo, y observar la tendencia misteriosa de la aguja magnética.

El nombre de la Universidad de Quito ha sido célebre en la América Ecuatorial desde remotos tiempos. Justo será que nuestro Gobierno y todos nuestros hombres de luces, de influencia y de prestigio, le den toda la importancia que se merece, y procuren levantarla á la altura á que se encuentran establecimientos de la misma clase en las naciones más ilustradas. Mientras este Ateneo de nuestra capital ha tenido inteligentes y hábiles maestros, no sólo se ha cultivado el talento, sino que se ha guiado á la juventud á la ardua cima donde se respira la etérea y luminosa atmósfera de la dignidad, de la virtud, de la alteza de carácter, del heroico temple, de la inquebrantable entereza. Prueba de esto es el hecho que voy á referir, que, si bien conocido y admirado justamente por algunos en la República, otros han querido desfigurar torpemente, llevados de ruin envidia contra el mérito de nuestra gloriosa juventud.

Era el dos de Diciembre de 1880. Una turba de esbirros miserables cunden por calles y plazas, y aun se atreven á profanar con su inmunda planta este santuario de la Ciencia y de la Paz. Siniestra la mirada, la mano empuñando acero envilecido, acecha cada cual la víctima señalada, como hambriento lobo que sabotea de antemano la sangre de su inocente presa; y, ved ahí una bella porción de la juventud universitaria sepultada en el oscuro calabozo de una cárcel. Allí están los Espinosas, los Sarrades, Ponce, Veintiuilla, Lasso Aguirre, Maldonado, Ruiz y otros: es decir, la nobleza, el valor, la ilustración, el talento y la virtud, ultrajados por la ruindad, el vicio, la ignorancia y la barbarie. ¿Y por qué? ¡Ah! Señores; esa juventud era demasiado ilustrada para ser abyecta, demasiado digna para ser esclava; esa juventud, puesta en el buen camino por los infatigables hijos de Loyola, vino aquí á oír de sus preclaros maestros los preceptos de la sabiduría, á enriquecer su inteligencia con los principios tutelares de los derechos del hombre y á inflamar su corazón con el fuego purísimo del amor á la Patria; esa juventud había sostenido en sus certámenes públicos, ó desde esta misma tribuna, las instituciones republicanas y censurado con vigoroso acento los avances del más salvaje despotismo: combatía y triunfaba con la palabra, así como más tarde debía combatir y triunfar con las armas en sangrienta lid.

Tales atletas del progreso no podían transigir con la injusticia; y cuando el tirano quiso hundir de un solo golpe este histórico establecimiento, despojando de las cátedras á sus legítimos poseedores, los jóvenes dieron un grito de alarma y lanzaron al rostro del Déspota la *Protesta* de su generoso corazón. Crimen de lesa tiranía fué sin duda tan legítimo desahogo, crimen que concitó el iracundo rencor del tirano.

Veinticuatro horas habían pasado los jóvenes en su prisión, resignados y hasta alegres, cuando uno por uno son conducidos entre un círculo de bayonetas, al despacho de uno de los más abyectos

pretorianos: allí la dura alternativa de suscribir una humillante *retractación*, escrita de antemano por los venales esclavos del Tirano, ó marchar al Panóptico á vestir la blusa del soldado y sufrir los horrores de infamante castigo. Creyó sin duda el Déspota, acosado á corromper con el oro ó avasallar con el terror, que ese puñado de adolescentes hubiera extendido mano temblorosa para firmar el infame documento. ¡Miserable engaño del más miserable de los hombres! Aquí había aprendido esa juventud á ser ilustrada; allá va á probar que es heroica; aquí aprendió á conocer los fueros de la justicia y del derecho; allá va á demostrar que puede ser mártir de la libertad. Rayos de sublime indignación se desprenden de los labios de esos nobles jóvenes para rechazar la humillante propuesta, y sin vacilar eligen el tormento antes que la ignominia. Desde entonces, al levantarse y al declinar el sol, se repiten escenas que no pueden recordarse sin execrar la memoria del verdugo de la Patria; y el lugar de la expiación del crimen se convierte en anfiteatro del martirio de la inocencia.

Permitidme ahora, señores, que haga mención de un acontecimiento en el cual resalta de un lado la bizarría de una víctima, y de otro se patentiza la mezquindad de su verdugo. Justo es que, al celebrar con raptos de júbilo esta especie de resurrección de la Universidad, recordemos los nobles hechos de los jóvenes formados en ella porque de ella es la gloria, y el baldón y la ignominia son del tirano.

Muchos días habían pasado ya sin que las sugerencias del déspota lograran debilitar siquiera la inquebrantable firmeza de los impertérritos defensores de la justicia, cuando uno de ellos, impuesto por el Director del Panóptico, de que el precio de la libertad de todos consistía en la delación de la persona que se hubiese encargado de la redacción de la *Protesta*, pide, insta, ruega y obtiene la *gracia* de ser conducido á la presencia del tirano. El joven *Gabriel I. Veintimilla*, que jamás pudo cohonestar la traición de Setiembre y que, desde esta misma tribuna, había manifestado sus ideas libremente, era ya señalado por el Déspota como enemigo suyo; no importa: un sentimiento generoso le impele, y quizá una esperanza halagüeña acaricia su pensamiento; relata la verdad de los hechos, asume, en consecuencia, una responsabilidad exclusiva, y pide, apoyado en la palabra del *Magistrado*, la libertad de los compañeros.

Inútil sacrificio: en esa alma envilecida, no puede haber un sentimiento de nobleza; de ese corazón, albergue de los vicios, no puede salir un arranque de generosidad. Se irrita; llana crimen al deber; al derecho, insolencia; habla de sus seis mil bayonetas delante de un estudiante indefenso; ofrece el exterminio de los universitarios; y se propone probar la justicia de sus actos. Pero entonces el intrépido interlocutor demuestra la iniquidad del atentado que motivó la *Protesta*, y sostiene la justicia y legalidad de ella. ¿Cómo puede el ignorante grosero discutir con un alumno de la Universidad de Quito? No hallando razones, apela al insulto.

to, á bajos y ridículos improprios y amenazas, y despide al abnegado joven, condenándole á vivir bajo la férula de los esbirros del cuartel. Más tarde, habiéndosele declarado desertor, hácele expiar el crimen de hercicidad con una persecución de dos años.

Por la sencilla relación que habéis oído, comprenderéis que estos hechos son el fruto de las buenas ideas inculcadas en el alma de la juventud. Si ella es ilustrada y moral, el porvenir del mundo está seguro, porque ella es el escudo de la bien entendida libertad contra los desmanes de los déspotas. Los tiranos más imbéciles é ignorantes son siempre lógicos: procuran embrutecer para poder dominar, porque la inteligencia no puede ser esclava, ni el pensamiento puede ser ceñido por aros de hierro.

Facilitese, pues, á todo trance, la participación en las luces, á todos los jóvenes pobres y de talento. No olvidéis, gobernantes, lo que dice el gran publicista Madiedo: “vender las luces es insultar á Dios”. Tened también presente aquel apotegma del esclarecido Julio César: “El hombre que por su genio da ensanche á los límites del entendimiento humano, es superior á los grandes conquistadores, que se afanan por dar extensión á los confines de un imperio”.

¡Día grande, día memorable y feliz, éste en que nuestros beneméritos caudillos han penetrado en el templo de Minerva, para alentar á la juventud estudiosa y solemnizar con su presencia la nueva apertura de este magnífico santuario de la Ciencia! ¡Felices los ciudadanos que puedan trencar en su corona, con los laureles de Marte, la yedra, emblema de la inmortalidad, y la oliva símbolo de la paz!

Jóvenes compatriotas, vosotros sois la lisonjera esperanza de nuestra Patria idolatrada; vuestras prisiones, vuestros martirios, vuestros sacrificios y la sangre derramada en los campos de batalla, serán lección de grande enseñanza, que traspondrá de uno á otro continente la simiente de la civilización, y la verdadera libertad. Recordad siempre que el corazón de la juventud ha sido el templo de la generosidad, abnegación, patriotismo y valor. El toque del clarín fué el grito de alerta que despertó vuestras almas al cumplimiento de un deber; entonces, abandonando las comodidades del hogar y los encantos de la sociedad por los rigores é inclemencias de la campaña, ascendisteis, en actitud imponente y amenazadora, las escarpadas crestas de los Andes, adonde sólo osa dirigir su vuelo el atrevido condor. Jamás bajaréis de la altura en que vuestros merecimientos os han colocado. La posteridad os contemplará con admiración y con orgullo. Los manes inmortales de los jóvenes sacrificados en aras del amor de la Patria, en hermoso consorcio con Córdoba y Ricaurte, entonan el cántico de victoria y libertad, desde el Chimborazo hasta el Pichincha, cántico sublime que luego será repercutido en las floridas márgenes del Guayas.

He dicho.

El Excmo. Señor Doctor Luis Cordero, miembro del Gobierno Provisional, pronunció el discurso siguiente:

Señores :

Si á quien toma la palabra oficial del Gobierno Supremo de la República, le fuese permitido valerse de plácidas imágenes poéticas, para expresar mejor su pensamiento, diría yo lo que vais á oírme.

Como, al derramarse sobre los campos la esplendorosa luz de la mañana, recobran las flores el color que habían perdido durante el imperio de las tinieblas, y se visten de gala, para gozar del día, así recobran las Letras su antiguo lustre, cuando se han disipado las sombras de esa noche social que llamamos *despotismo*.

¡Bendigamos, señores, la aparición de la luz! Al romper el alba de la Libertad, sacude el pesado sueño, y se levanta de nuevo á la vida esta noble Universidad de Quito, en cuyo fecundo seno han recibido el ser literario innumerables celebridades, honra de la Nación y lujo de su historia.

Santuario de la literatura patria, había merecido siempre el respeto de los Gobiernos, aun en medio de los más rudos trastornos del orden político. Bramaba la tempestad fuera de este recinto augusto; pero dentro de él se albergaba la paz. El fuego en las plazas públicas; la luz, solamente la luz, en el templo del saber. ¿Quién había de atreverse á profanarlo, introduciendo el tumulto de las pasiones en el sosegado asilo de las Ciencias?

Sucedió, sin embargo, señores, en época de aciago recuerdo, lo que jamás podía preverse. Vino á turbar la tiranía la tranquilidad de esta casa de la civilización; expelió de ella á los maestros, y arrancó de las aulas á los discípulos, para llevarlos, como delinquentes, á las mazmorras en que la Justicia sepulta al crimen. Apagar la luz, para que entre las sombras campease la iniquidad, era el infernal propósito del despotismo, que procura siempre aliarse con la ignorancia.

Pero Dios escuchaba el clamor de las víctimas, y, si la redención de este pueblo ecuatoriano, cubierto de oprobio y de vergüenza, en castigo, quizá, de pasadas culpas, había de ser tardía, no por eso lo tenía condenado á servidumbre y abyección perpetuas. Llegó, finalmente, el día del perdón, y hénos aquí rescatados, más que por nuestros propios esfuerzos, por el brazo omnipotente del Altísimo.

El oprimido retó al opresor. El alumno que ayer estudiaba tranquilamente, en sus libros, los derechos del hombre social, comprendió que le era indispensable empuñar el arma, para defenderlos. La Universidad dió soldados á la Patria. Corrió la sangre de la heroica juventud; y aquí, en las faldas del histórico monte, donde crecen todavía, frescos y lozanos, los laureles del invicto Sucre, quedó sellada, hace pocos días, la que pudiéramos llamar segunda emancipación de la República.

¡Honra insigne la del Ecuador! Su juventud y su pueblo le

han devuelto la dignidad y hecho que aparezca de nuevo entre las naciones sudamericanas. Ya no le atará ningún tirano las cadenas al cuello; porque los adolescentes cerrarán sus libros y se levantarán á romperlas. La ciencia de la Libertad, que se estudie en estos claustros, será de práctica aplicación fuera de ellos. Cuando no, tronará el fusil, disparado por aquellas mismas manos que movían la pluma. Ilustrada la mente por los conocimientos adquiridos, inflamado el corazón por el volcánico fuego del amor patrio, ¿de qué hazañas no serán capaces los heroicos soldados de la milicia literaria?

¡Feliz la República que así contrapone la universidad al cuartel, y llama á los prosélitos de la sabiduría, para batir á los secuaces de la barbarie!

Quizá no he debido, señores, tratar de otro asunto que de las Letras, en la solemne reinstalación de este noble instituto; pero me parece que oigo todavía los últimos ecos de la tempestad del Diez de Enero, y que veo entrar por el pórtico de esta célebre casa al alumno que deja el rémington, para tomar el olvidado libro. He creído, pues, que al Supremo Gobierno de la Nación cumplía recoger esta página de gloria, ornamento de los anales ecuatorianos, y expresar el reconocimiento oficial á esta bizarra y lucida juventud, no menos que á sus dignos profesores, víctimas también del absolutismo, é impertérritos defensores del régimen democrático.

Ahora que los vemos congregarse nuevamente aquí, para continuar la interrumpida labor y consagrarse de lleno á las disquisiciones científicas, encendiendo, dirélo así, esta antorcha social, á cuyo resplandor se dignifica y engrandece la Patria, ¿qué puede hacer el Gobierno sino regocijarse, concebir las más lisonjeras esperanzas para lo por venir, y ofrecer su paternal protección, constante y eficaz, á estos alumnos de hoy, hombres ilustres de mañana?

“Creced y floreced, plantas hermosas”, debo decirles, con un célebre poeta, y basten tan adecuadas palabras, para expresar la profunda complacencia con que el Supremo Gobierno Provisional de la Nación restablece hoy el nobilísimo instituto universitario de la culta y denodada Quito.

He dicho.